

ARCHIVUM

Granada

Escritos con dibujos inéditos del autor

Richard Ford



Estudio preliminar
Juan Manuel Barrios Rózua

eug

**RICHARD FORD, UN ARISTÓCRATA
EN LA ALHAMBRA ROMÁNTICA**

ESTUDIO PRELIMINAR

POR

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

© DEL ESTUDIO PRELIMINAR:
JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
© PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE
GRANADA, ESCRITOS CON DIBUJOS
INÉDITOS DEL AUTOR.
ISBN: 978-84-338-5458-2
ISBN: 978-84-86827-73-1
Depósito legal: Gr./ 3.334-2012
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Patronato de la Alhambra y el Generalife
C./ Real de la Alhambra, Granada.
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra..

Escribir un estudio preliminar a un libro que está precedido por una introducción sobre el contenido y una biografía sobre el autor constituye todo un reto; para empezar, el de no devaluar estos complementos cayendo en la reiteración o discutiendo su contenido. Por ello no voy a insistir en el origen de los dibujos que explica con claridad Alfonso Gamir Sandoval ni a polemizar directamente con él sobre su valoración de Ford, ni voy a valerme de las apreciaciones que hace William Stirling, que merecen ser leídas como un valioso y subjetivo documento de alguien que conoció personalmente al viajero inglés. Este estudio preliminar pretende ofrecer una biografía del autor, centrándose en su relación con Granada; una valoración de su visión histórica de las costumbres españolas; establecer el gusto netamente romántico de un escritor y dibujante al que se ha discutido su pertenencia a esta compleja corriente histórica; y una aproximación con fuentes documentales a la Granada y la Alhambra en las que vivió.

LA FORJA DE UN HISPANISTA

Richard Ford nació en Londres el 21 de abril de 1796, hijo del parlamentario *tory* sir Richard Ford, que fue subsecretario de Estado del *Home Department* y el juez que creó la policía montada de Londres. Su madre, Marianne Booth, pertenecía a una familia aristocrática en la cual el padre era un coleccionista de pinturas de maestros ingleses, holandeses e italianos, cuadros que heredaría en buena parte su nieto.

Falto de su padre, que murió cuando su hijo era todavía un niño, fue la madre la que se preocupó de darle una esmerada educación haciendo hincapié en la pintura, pues ella misma pintaba acuarelas¹. Richard Ford estudió en el Trinity College de Oxford, licenciándose en derecho y habilitándose para abogado en Lincoln's Inn, aunque gracias a sus cuantiosas rentas nunca ejerció. Pudo dedicarse cómodamente a coleccionar libros y obras de arte, y a viajar, todo lo cual le permitió formar una sólida cultura. Entre 1815 y 1822 realizó cuatro viajes por Europa, visitando Francia, Suiza, Austria —en Viena conoció a Beethoven, que le dedicó un motete— e Italia. En Nápoles adquirió un cuadro atribuido a Correggio y escribió sobre él un breve ensayo. Ford demostró ser un viajero ideal, pues tenía facilidad para los idiomas, resistencia física y unos amables modales con los que sabía conquistar a los naturales de los países que visitaba, no dejando que afloraran sus ideas políticas, religiosas o sus prejuicios sociales.

Dos años después de esta primera etapa viajera de su vida se casó con Harriet Capel, cultivada hija del conde de Essex y se estableció confortablemente en Londres, donde mantendrá amistad con el duque de Wellington, el más relevante militar inglés de la *Peninsular War*, y con el escritor norteamericano Washington Irving. Es indudable que estas amistades despertaron su interés por conocer España. Sin embargo, fue la delicada salud de su bella esposa la que les impulsó en octubre de 1830 a trasladarse a la Península Ibérica en busca de un clima cálido. En noviembre se instalan en Sevilla en compañía de sus tres niños, una niñera y dos sirvientas. En ese momento Richard Ford tenía 34 años de edad. Rápidamente se integró en la alta sociedad sevillana, acudiendo a tertulias, aprendiendo el baile andaluz, asistiendo con frecuencia a las corridas de toros... e incluso celebrando fiestas en su casa ubicada en la plazuela de San Isidoro. Desde un principio se entrega al coleccionismo de arte español, adquiriendo y enviando a Inglaterra obras

¹ Ford, 1963: 8.

de Murillo, Zurbarán, Cano, Velázquez, etc. En Sevilla trata también con el pintor John Frederick Lewis, que se haría famoso por sus grabados de la Alhambra².

Tras seis meses de estancia en Sevilla, en mayo de 1831 Richard y Harriet Ford parten hacia Granada pasando por Córdoba y Jaén, mientras que sus hijos son enviados en una galera directamente a Granada. Esta ciudad se la había recomendado Washington Irving como el lugar ideal para evitar el asfixiante verano de Sevilla. Cuando el matrimonio llega a Granada a principios de junio se aloja en la Fonda del Comercio³. Tras su primera visita a la Alhambra, Richard declara que la ciudadela es “lo más interesante de Granada”⁴, por lo que no es de extrañar que quisiera vivir en ella. Gracias a su amigo el general O’Lawlor logró autorización para alojarse en “las habitaciones del Gobernador de la Alhambra”⁵, pero el abandono en el que se encontraban éstas por el desuso le obligó a contratar “una hueste de pintores y carpinteros, acondicionando la parte de la Alhambra que me ha cedido el Alcaide, tarea nada sencilla”⁶. Las habitaciones que ocupó se ubicaban sobre el Mexuar y comprendían también algunas dependencias en torno al patio del Cuarto Dorado, incluida la galería volada hoy desaparecida.

En julio visitó la ciudadela el marqués Astolphe Custine, autor de *L’Espagne sous Ferdinand VII* (libro en forma epistolar con varias cartas fechadas en Granada en julio de 1831), en él nos habla de una encantadora y bella dama inglesa, de cabellos rubios y ojos azules, que se aloja en la Alhambra y está enferma del pecho. Ella, en compañía de sus niños, una criada y varios criados, es “hoy soberana de la Alhambra”. Tanto a la mujer como a su esposo los había conocido el francés en la casa del cónsul británico en Sevilla, añadiendo que el marido es muy culto. Aunque en ningún momento Astolphe Custine menciona el nombre del matrimonio inglés, no cabe la menor duda de que son los Ford. El francés critica el modo de vida de este matrimonio y de los ingleses en general, porque trasladan sus costumbres y prejuicios allá donde van, son “esclavos de su civilización”. Así, ve sorprendido como los niños siguen un programa de estudios idéntico al que desarrollarían en la propia Inglaterra⁷. No obstante fue invitado a comer olla podrida, lo que de-

² Hitchcock, 2010: 200-201.

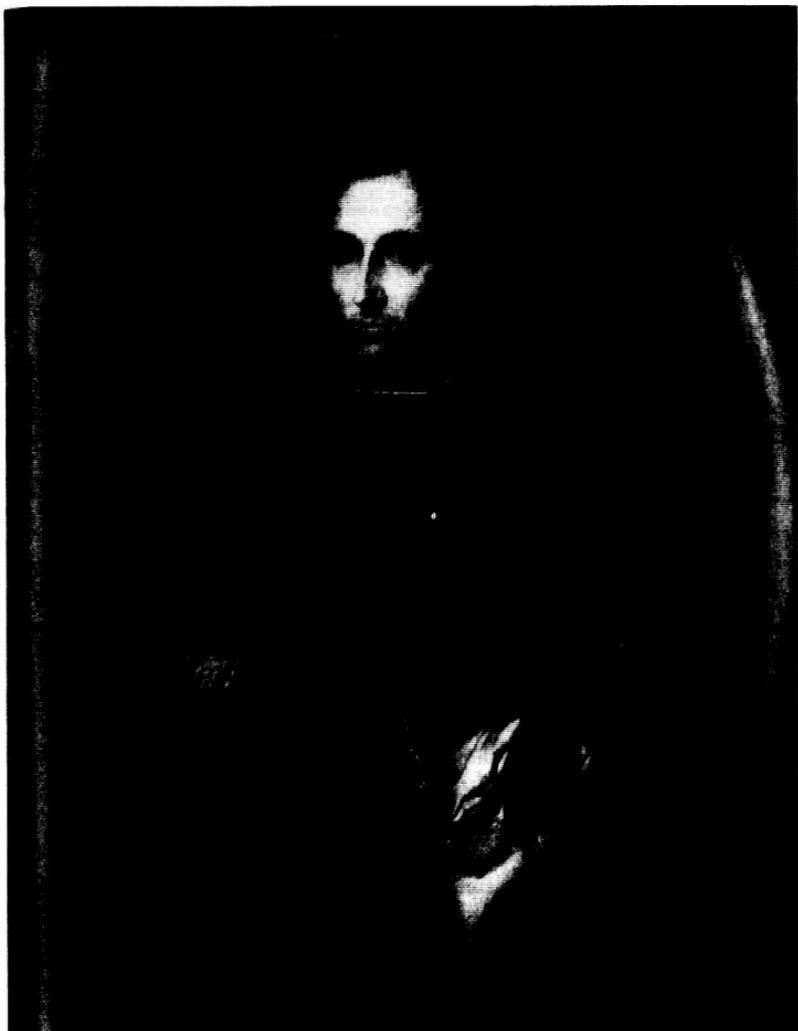
³ Robertson, 2004: 68.

⁴ Ford, 1955: 14.

⁵ Ford, 1955: 131.

⁶ Ford, 1955: 129. En Sevilla Ford había hecho también obras para adaptar a su gusto la primera casa que ocupó (instaló un retrete, una chimenea y un asador), lo cual muestra su poder adquisitivo. Ford, 1963: 13.

⁷ Custine, 1844: 102 tomo IV.



*Retrato de Richard Ford como un caballero andaluz del siglo XVII y la Giralda al fondo
(José Gutiérrez, 1831)*

muestra que se habían adaptado bien a las costumbres culinarias de la tierra. En su charla con Astolphe Custine la inglesa demuestra su pasión por viajar e incluso manifiesta sentirse decepcionada porque en su viaje a Granada no les habían interceptado los bandoleros⁸.

Richard Ford bajaba rara vez a la ciudad, mientras que los niños jugaban alegremente, subiéndose a los leones del célebre patio. A mediados de agosto les visitó su amigo Henry Uwin Addington, embajador inglés en España, que tras su largo viaje desde Madrid se alojó en una habitación que le arregló el matrimonio⁹. A principios de septiembre Richard y Harriet Ford dejaban a sus niños en la Alhambra e iniciaban un largo viaje por Murcia, Valencia, Cataluña, Aragón y Madrid, regresando desde la capital a Granada el 19 de noviembre. Uno de sus hijos había resultado gravemente herido en la cabeza en una caída de la cama en la Alhambra —fallecería pocos meses después—, lo que amargó el retorno del matrimonio¹⁰.

En diciembre emprendieron viaje a Sevilla para pasar el invierno, alojándose esta vez en una amplia y suntuosa casa en la calle Monsalves, propiedad del marqués de la Granja. En esta casa llegaría a celebrar una fiesta de carnaval a la que invitó a medio millar de aristócratas locales, y logró, en abierto contraste, que le hiciera una visita el antiguo bandolero José María el Tempranillo¹¹. La presencia de Ford en la ciudad del Guadalquivir sería intermitente, pues hizo excursiones por Andalucía y un largo viaje hasta el norte de la Península. Realizó sus expediciones en un jaca andaluza, acompañado por un criado y vestido de majo, alojándose sin remilgos en las posadas y mostrándose muy sociable con los naturales. De todo lo que veía tomaba notas e incluso rápidos bocetos.

Tras su larga expedición al norte peninsular, permaneció una temporada en Sevilla antes de partir con toda su familia a Granada a finales de abril de 1833. Sus alojamientos fueron en esta ocasión la casa de Doña Clara¹² (unas dependencias ubicadas sobre la sala de los Reyes que suprimirá en una restauración Rafael Contreras), donde estuvo sólo unos días, y la Casa Sánchez como residencia estable¹³.

⁸ Custine, 1844: 103-104 tomo IV.

⁹ Le acompañaba un sirviente alemán que se alojó junto a él. Ford, 1955: 132 y Robertson, 2007: 32-33.

¹⁰ El niño falleció en julio de 1832. Ford, 1963: 16 y Robertson, 2004: 85.

¹¹ Robertson, 2004: 87 y 124-125.

¹² María Clara Martín fue una de las damnificadas en la primavera de 1831 por la prohibición de no regar las huertas próximas a las murallas, medida adoptada tras el hundimiento del lienzo ubicado entre el Peinador de la Reina y la torre de las Damas. AHA, 275-2.

¹³ Robertson, 2004: 126.

Esta última es el edificio que hoy conocemos como palacio de El Partal y torre de las Damas, un valioso edificio nazarí de principios del siglo XIV que estaba arrendado en los años veinte a Nicolás Ximenez, miembro de una familia tradicional de la ciudadela¹⁴. Sin embargo, el real patrimonio, propietario del edificio, decidió enajenarlo por una cantidad ridícula en 1828. Su inquilino pasó a ser un mulero llamado Sánchez, que fue quien se la alquiló a Ford. El edificio tal cual lo podemos ver en los dibujos de los primeros años treinta tenía muy dañada su arquería de paños de sebka al haber sido dividida en dos pisos, haberse abierto vanos a conveniencia y añadido una chimenea. No sabemos si Richard hizo obras de acomodo, pero en cualquier caso parece que encontraba bastante adecuado el lugar, del que dijo era “uno de los lugares más pintorescos y más moriscos”¹⁵. Según le contaron años después, el edificio sufrió en 1837 una agresiva reforma en la que desaparecieron elementos originales como el alero, mientras que otros fueron modificados, caso de las armaduras y tejados. Con el tiempo se le expolió incluso el techo del mirador que está hoy en un museo de Berlín¹⁶. El gran estanque en el que se reflejaban antaño sus pórticos había sido transformado tiempo atrás en una huerta de la cual asomaba tímidamente algún muro entre los sembrados¹⁷.

En la Alhambra dejó instalados a sus hijos y realizó con Harriet un viaje que le permitió recorrer nuevas zonas de Andalucía, entre ellas Alhama de Granada o Málaga, y hacer una incursión en Marruecos, donde visitó Tánger y Tetuán. No le pasó desapercibido el fuerte contraste en el paisaje, el vestuario o la condición de la mujer que había entre España y Marruecos, aunque ello no supondría que corrigiera el enfoque orientalista que daba a casi todo o que veía en suelo ibero. En Tetuán pudo visitar el palacio del Pasha y evocar cómo pudo haber sido la Alhambra en tiempos nazaríes¹⁸.

¹⁴ AHA, 264-1.

¹⁵ Ford, 1955: 38.

¹⁶ El edificio volvió al Estado en 1891. Valladar y Serrano, 1906: 411, Álvarez Lopera, 1977: 27 y Tito Rojo y Sánchez Gómez, 2007: 7-15..

¹⁷ Ford también lamentaría que el oratorio ubicado a levante fuera víctima de una abusiva restauración allá por 1846, pues se le añadieron yeserías vaciadas de otros puntos de la Casa Real y se le dieron toscos colores. Además se colocaron dos leones y una inscripción procedentes del derribo del Maristán. El oratorio junto a la edificación anexa sería conocido con el tiempo como carmen de Arratia y más tarde carmen de la Mezquita. Ford, 1955: 77, Gómez-Moreno González, 1892: 131 y Rodríguez Domingo, 1996: 252.

¹⁸ Robertson, 2004: 127.

Cuando el matrimonio volvió a Granada, Harriet se encontraba débil y se quedó con los niños en la Alhambra mientras Ford realizaba un nuevo viaje a Madrid, a cuyo retorno pudo conocer a un Girault de Prangey que dibujaba afanosamente las salas de la Alhambra. A continuación hizo una larga excursión a las Alpujarras y la costa granadina, a la vuelta de la cual recibió la visita del pintor Lewis, a quien alojó en la Casa Sánchez. También conoció a Simón de Argote, cuyos *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos* leería atentamente y quien le dijo que los mejores cuadros de la escuela granadina, entre ellos treinta de Alonso Cano, se perdieron durante la Guerra de la Independencia; el propio Argote le confesó que nunca había visto la edición del tercer tomo de sus *Nuevos paseos*, porque estaba en imprenta cuando tuvo que evacuar la ciudad con las tropas francesas y los pocos ejemplares que se publicaron se perdieron¹⁹.

Entre tanto, un clima de guerra civil se iba apoderando del país a la par que se difundía una terrible epidemia de cólera morbo. Estas razones, unidas al deseo de dar a los niños una educación más adecuada y un deterioro en las relaciones conyugales, llevaron a los Ford a tomar la decisión de volver a Inglaterra. En septiembre abandonaron definitivamente Andalucía en dirección a Madrid, dándose la trágica circunstancia de que a los cuatro días de llegar a la capital falleció uno de sus hijos que estaba enfermo²⁰. Dos hijos dio a luz Harriet en España y otros tantos perdió tras largas agonías, lo cual explica los sardónicos capítulos que Richard dedicaría en sus libros a los médicos hispanos. Un deprimido Ford pudo, sin embargo, dibujar el catafalco fúnebre de Fernando VII, fin de una era y comienzo de otra que no conocería porque nunca volvió a España, de manera que en su memoria el país quedó congelado en el decadente absolutismo²¹. Finalmente el 4 de octubre de 1833 el matrimonio partía hacia París para después cruzar el Canal de la Mancha.

En diciembre de 1833 Richard y Harriet estaban ya en Londres y de mutuo acuerdo decidieron separarse. Astolphe Custine en una nota a su obra antes citada señala que la joven inglesa que conoció en la Alhambra abandonó a su marido por un militar inglés en el deseo de fundar una nueva familia²². Richard Ford, que se

¹⁹ Suponemos que fue en Granada donde Richard Ford habló con Argote, pero tampoco queda claro ya que lo único que dice es: "Empleó a Argote como su chacal, y de boca de éste conocemos los detalles de sus hazañas". Ford, 1955: 22 y 37.

²⁰ Robertson, 2004: 135.

²¹ Robertson, 2007: 43-44.

²² Esta noticia se la dieron en Londres en 1836 y la nota la añadió a su obra en 1837; en ella señala también que la inglesa ha abandonado a sus hijos. Custine, 1844: 105 tomo IV.

lamentaría de haber sido un buen esposo con mala suerte, se estableció en Exeter primero y más tarde en una finca de un distrito de esta ciudad llamado Heavitree, donde construyó una casa y unos jardines que evocaban la Alhambra. Allí reunió una importante biblioteca sobre temas españoles que tuvo como embrión los libros que había comprado durante su estancia en suelo ibero, y que iría enriqueciendo con los que adquiriría en una librería londinense especializada en temas hispanos. Por estos años empezó una obra que recogía sus impresiones sobre España; el 4 febrero de 1834 escribió a su amigo Henry Unwin Addington, que había cesado como embajador el año anterior: "Me entretengo mucho leyendo libros antiguos sobre España y haciendo recuento de mis experiencias en ese país, y *la pluma está siempre en mis manos*. Cuanto más leo, más me doy cuenta de lo poco que sé y de los muchos años que he desperdiciado en mi vida"²³. Su idea era hacer un libro personal, fluido y desenfadado, pero cuando le mostró a Addington lo que está escribiendo, éste le hizo tan severas críticas que lo desanimó.

En 1836 decidió vender en pública subasta la mayor parte de su colección de pintura porque ésta no le ocasionaba más que gastos y problemas, declarando que lo más interesante había sido el proceso de adquisición. Su opinión sobre arte español gozó de una creciente consideración y contribuyó a revalorizar en el mundo anglosajón la pintura de Velázquez, en esos días eclipsada por el enorme prestigio de Murillo. Su primera publicación sobre el tema fue un breve trabajo titulado *The Life of Diego Rodríguez de Silva y Velázquez Painter to Philip IV, King of Spain* (1843, reeditado en 1854), aunque será en su futura guía de España donde encontraremos numerosas consideraciones sobre pintura española²⁴.

Su esposa Harriet falleció en Londres en mayo de 1837. Pronto se casará con la aristócrata Eliza Cranstoun, que se instala en su residencia de Heavitree. Allí Ford continuaba embelleciendo la que llama su "Alhambra", edificio que describe así: "La torre morisca está terminada y la he cubierto con un *Lienzo* trabajado con arabescos; es más bonita que la *Puerta del Vino* de la Alhambra"²⁵. En este palacete, al que le gusta retirarse a escribir, coloca también azulejos y una cornisa que se trajo de la Alhambra. En los jardines, para evocar los de Sevilla y Granada, planta cipreses y arrayanes, y pone macetas y fuentes²⁶.

²³ Giménez Cruz, 1997: 226.

²⁴ Díaz López, 2010: 103. Véase también su amistad con el gran experto en pintura española William Stirling-Maxwell en Howarth, 1999: 37-42.

²⁵ Carta el 7 octubre 1837, citada por Giménez Cruz, 1997: 231.

²⁶ Alberich, 1975: 112.

ESTUDIO PRELIMINAR



*Richard Ford vestido de majo
(José Domínguez Bécquer, 1832).*

ESCRITOS SOBRE ESPAÑA

Su primera obra de cierta extensión fue *An Historical Enquiry into the Unchangeable Character of a War in Spain* (*Análisis histórico sobre la primera guerra carlista y acerca del invariable carácter de las guerras en España*, 1837), respuesta a un folleto del liberal Pamerston (*The Policy of England toward Spain*). Ford critica la intervención de la Legión Británica a favor de los liberales y se muestra partidario de los carlistas, haciendo reflexiones tan eruditas como anacrónicas sobre la crueldad de las tropas españolas y la incompetencia de los mandos militares a lo largo de toda la historia hispana. Ford delata en todo momento su aristocrático conservadurismo político y el orgullo de ser inglés, tratando a la atrasada España con paternalismo²⁷. Señala el historiador José Alberich: "Ford defiende a los carlistas, no porque sea un reaccionario consciente, sino porque no entiende a los liberales ni sus aspiraciones, porque no toma en serio a España ni cree que en ella sea posible el cambio"²⁸.

En 1838 publica un artículo sobre las corridas de toros en la *Quarterly Review* con muy buena acogida. A partir de este momento comenzó a colaborar también con otras revistas, escribiendo principalmente sobre temas españoles y numerosas reseñas, entre ellas una elogiosa sobre la obra de Owen Jones *Plans, Elevations, Sections and Details of de Alhambra* (1842)²⁹. Por estos años trabó amistad con George Borrow, a quien dio consejos para la publicación de sus libros (*The Zincafi*, 1841, y *The Bible in Spain*, 1843) y con quien intercambió una abundante correspondencia que influiría en la redacción de su propia obra³⁰. De su orientación hacia temas españoles no le había alejado ni siquiera una larga estancia en Roma y Nápoles (1839-1840) que realizó acompañado por su segunda esposa. Acudió a Italia para dibujar, porque pensaba que el paisaje inglés carecía de pintoresquismo.

En 1840 el editor John Murray le pidió a Richard Ford, tras un ofrecimiento casi en broma de éste, que hiciera una guía sobre España para la colección de manuales para viajeros que venía publicando. Aunque debía entregar a la imprenta el libro en un plazo de seis meses, le dedicó casi cinco años en los cuales no pocas veces pensó en abandonar la dura tarea a la que en principio se había entregado por placer.

²⁷ Ford, 1990: 16-17.

²⁸ Alberich, 1975: 130.

²⁹ Medina Casado y Ruiz Mas, 2010: 20-21.

³⁰ Aunque sólo se conservan las cartas que Richard Ford escribió a Borrow, es indudable que las críticas constructivas fueron en ambas direcciones. Giménez Cruz, 1997: 242.

Ford había estado en la gran mayoría de los lugares que describe, de ahí que siempre tuviera impresiones de primera mano del mayor interés, aunque desde luego consultó una extensa bibliografía para completar sus observaciones. También se vale de informes de amigos, españoles o ingleses, que viven en las regiones que describe. En julio de 1843 asegura que está escrita y en enero de 1844 en prensa. Por consejo de Addington, para quien el libro tenía demasiadas digresiones sobre asuntos religiosos o políticos y opiniones muy cáusticas, se paralizó la edición acarreado pérdidas económicas para Ford; dos decenas de ejemplares se distribuyeron, uno de los cuales está en el British Museum. Revisó lo escrito para hacerlo más "suave y atractivo" y finalmente la obra apareció en dos tomos en el verano de 1845 con el título *A Handbook for travellers in Spain and readers at home (Manual para los viajeros en España y los lectores de nuestra patria)*. La obra tuvo una excelente acogida tanto en ventas como en críticas. Es una guía de viajes extraordinariamente minuciosa en toda clase de datos que puedan ser útiles al turista, erudita por sus numerosas citas y bibliografía consultada, a la vez que muy personal por su peculiar humor y particulares observaciones. Por todo ello esta monumental obra va mucho más allá que los usuales libros de viajes tan de moda en aquellos años. En una reseña nunca publicada, George Borrow decía de este libro y de su autor:

Ciertamente, estamos ante la obra de un hombre competente y de gran talento, dotado de una rara inteligencia y de una gran cultura, y que, además, conoce como nadie la materia que tiene entre manos. Que conoce España como se conoce las líneas de la palma de sus manos es un hecho ante el cual cualquier lector que dé tan sólo una ojeada por las páginas de su libro, tendrá forzosamente que estar de acuerdo; sin embargo, éste no es un libro que puede hojearse, porque tenemos la certeza de que todo el que lo coja en sus manos se sentirá irremisiblemente subyugado por el deseo de leerlo de principio a fin, pues tan fluido y cautivador es su estilo, tan originales y variados son los temas y hechos que allí se relatan. Nos presenta un perfecto panorama de España, cuyo logro creemos ha sido el objetivo e intención del autor; y, por gigantesca que fuese la tarea, es de absoluta justicia decir que, en nuestra opinión, ha alcanzado en pleno todo lo que se había propuesto³¹.

³¹ Borrow añadía: "Esta obra es, diríamos, uno de los mejores libros que jamás se hayan escrito sobre España". La reseña no se publicó porque en las primeras páginas de ella Borrow hablaba más de sí mismo que del libro de Ford, y se negó a modificarla cuando se lo pidió el editor. Giménez Cruz, 1997: 275-276.

En 1846 tomó algunas de las páginas suprimidas de su *Handbook* y aumentándolas notablemente publicó *Gatherings from Spain (Cosas de España)* que tuvo un notable éxito y varias ediciones. Esta obra, que completó en sólo dos meses, se compone de estampas independientes sobre las costumbres españolas. Es un libro divertido y, como todos los escritos de Ford, subjetivo y cargado de prejuicios aristocráticos, los cuales en su capítulo décimo dedicado a los criados españoles quedan muy bien definidos con perlas como ésta: “Los defectos principales de los criados españoles, que son los mismos de las demás clases bajas del país, suelen ser defectos de raza; como la masa general, tienen la tendencia a la calma, al despilfarro, a la imprevisión y a la suciedad”. Lo cual queda complementado por la actitud que recomienda mantener a todo británico orgulloso de su imperio: “La frialdad de los ademanes de un inglés decidido, cuando va en serio, es lo que pueden resistir pocos extranjeros”³².

Ford insiste en mirar a España desde un prisma orientalista olvidándose de que muchas veces es la fuerte impronta romana y mediterránea, común a ambas orillas del *Mare Nostrum*, lo que tanto diferencia a la Península Ibérica de la Europa nórdica que él establece como punto de comparación. Para Ford los españoles son mitad musulmanes y mitad godos, o sea, son la síntesis de las dos Españas medievales. Y en ello reside el encanto de un país con el que amenaza acabar la modernidad:

Que España es España, es una perogrullada que no se repetirá bastante, y en ser tal como es consiste su originalidad, su gracia, su idiosincrasia, su mayor encanto y su más alto interés, a pesar de que los españoles no lo crean así, y por una tonta imitación de la civilización europea, todos los días le hagan perder algún encanto sustituyéndolo por cosas vulgares que no van bien con su carácter y menos aún con el de sus antepasados góticos-árabes³³.

La piedad de Ford hacia los más débiles tiene un sesgo muy particular. En Sevilla tuvo la oportunidad de visitar una casa cuna u orfanato, describiéndonos las terribles condiciones en que vivían —o más bien agonizaban— los niños expósitos³⁴. Esto le sirve a Ford para hacer unas reflexiones sobre la secular crueldad española en las que, como bien señala Gerald Brenan, nos encontramos con un viajero al que

³² Ford, 1974: 120 y 122.

³³ Ford, 1974: 185.

³⁴ Ford, 1974: 242-244.

nunca se le ocurrirá visitar un edificio análogo en la Inglaterra de la Revolución Industrial, cuyas tremendas lacras sociales tan bien describiría por esos años el alemán Friedrich Engels, que sí vio lo que un aristócrata inglés prefería ignorar. De haberse acercado a los barrios obreros de Manchester, Ford no habría podido hacer las generalizaciones pseudoantropológicas que hace sobre los españoles, pero eso no resta ningún valor al impagable documento que ofrece sobre la corrupción en la gestión y la escalofriante mortandad de niños en la casa cuna sevillana, corroborado por los historiadores que se han aproximado a este sórdido tema.

En 1847 reedita *Handbook* en una versión abreviada y en un solo volumen para que resultara más manejable, un compendio que resultará “demasiado seco” a decir de su amigo William Stirling-Maxwell. Ford parece que se planteó a finales de los años 40 un nuevo viaje a España, pero graves problemas familiares, como la muerte de su segunda esposa, le obligaron a aplazarlo, y ya no volvería a gozar de salud para una nueva aventura. En marzo de 1851 se casó por tercera vez con Mary, una mujer veinte años más joven que él con la que realizó un viaje de luna de miel por Gran Bretaña³⁵. En 1855 publica la tercera edición del *Handbook* en parte reescrita y con una extensión próxima a la de 1845. En ella se suprimen datos anticuados y se añaden informaciones nuevas, con frecuencia de lugares que no había conocido, pero el conjunto pierde frescura³⁶. De esta edición procede el capítulo sobre Granada traducido por Alfonso Gamir que aquí reeditamos. Tras la aparición de este volumen considera el historiador Ian Robertson que el género de viajes sobre España decayó irremisiblemente en Inglaterra.

La correspondencia privada de Richard Ford de sus últimos años muestra cómo mantiene, si no acentúa, su reaccionario pesimismo de aristócrata que ve cómo su mundo se hunde ante el imparable ascenso de la burguesía y el movimiento obrero en toda Europa, de ahí que en una carta a George Borrow de 1851 hablara de “estos tiempos tan malos que corren”, añadiendo que “muy pronto serán peores”, y aclarara: “Pisamos un terreno muy quebradizo en el que la profunda y peligrosa vorágine de la Democracia nos acecha por abajo”³⁷.

Al final de sus días, cuando se encuentra enfermo, escribe al arabista Pascual Gayangos expresándole lo mucho que le gustaría viajar a España utilizando su propio *Handbook* como guía³⁸. Falleció el 31 de agosto de 1858 con 62 años de edad.

³⁵ Robertson, 2007: 48.

³⁶ Robertson, 1988: 316.

³⁷ Carta firmada el 18 de marzo de 1851. Giménez Cruz, 1997: 299-300.

³⁸ Giménez Cruz, 1997: 303.

En su lápida se grabó la inscripción: "Rerum Hispanieae indagator acerrimus". Su casa orientalista en Heavitree fue alquilada en 1861. El *Handbook for Spain* se seguiría reeditando en versiones torpemente actualizadas hasta llegar en 1898 a la novena edición, siempre conservando la firma de Ford. De su abundante correspondencia conservada sólo se ha publicado una mínima parte.

FORD Y LA HISTORIA Y COSTUMBRES DE ESPAÑA

La obra de Richard Ford gozó, como hemos visto, de una notable difusión y prestigio en su tiempo, siendo quizás el hispanista anglófono más leído después de Washington Irving y George Borrow. Por ello sus opiniones sobre las costumbres hispanas, a las que siempre busca un origen histórico, contribuyeron a modelar los arquetipos y tópicos románticos sobre un país cuya situación resumía así: "España estuvo en otros tiempos a la cabeza de Europa en muchas cosas, pero su sol lleva mucho tiempo parado; atado por el orgullo y los prejuicios, el país ha permitido que el mundo le pase de largo para acabar dejándolo a mucha distancia"³⁹.

Aunque Ford tomara una actitud irónica sobre aspectos que habían llamado la atención de los viajeros románticos, como la presunta abundancia de bandoleros y contrabandistas, acabó escribiendo más páginas que nadie sobre éste y similares asuntos, describiendo la España que él había conocido en los últimos años del absolutismo como si aún estuviera vigente después de la revolución liberal. Como aristócrata conservador, recibió con disgusto las noticias sobre la revolución y la derrota de los carlistas, de manera que lejos de ver estos sucesos como la entrada del país en la senda de la modernidad, sirvieron para acentuar su pesimismo sobre el futuro del país. Como señalara José Alberich, el más duro crítico español de la obra de Ford: "Sin duda, la incompetencia y el atraso que observé de primera mano en la España fernandina le sirvieron luego para construir, con manifiesta falta de lógica y rigor históricos, sus teorías favoritas sobre el «carácter» español y la trayectoria político-cultural de España en el pasado". Y añade: "Su España siguió siendo siempre la que él había vivido en los tres últimos años del reinado fernandino"⁴⁰, de ahí que creyera fatalmente que era un país en el cual el progreso era imposible. También reprocha Alberich que "la visión que tiene Ford de la historia

³⁹ Ford, 2008: 20-21.

⁴⁰ Alberich, 1975: 111.

de España es curiosamente a-histórica. Se basa en el concepto de que existe una entidad llamada «carácter» español, en que esta entidad ha permanecido inalterada desde los tiempos más remotos de la prehistoria hasta nuestros días”, una visión histórica por otra parte muy típica de la época⁴¹.

Para Ford las clases populares españolas están satisfechas con su modo de vida y no quieren cambiar. Por ejemplo: “El andaluz termina creyéndose su propia mentira, y de aquí que siempre esté contento, ya que consigo mismo se lleva mejor que con nadie”⁴². Afirmación que desmiente el fuerte descontento hacia el absolutismo que otros viajeros románticos sí percibieron y que desembocaría en la revolución liberal y la larga guerra carlista. Pocos términos tan antagónicos hay como indolencia y revolución, y el estallido y desarrollo de ésta no fue suficiente para que el aristócrata inglés corrigiera la opinión que acabamos de leer en la reedición de su *Handbook* de 1855, cuando España vivía un nuevo proceso revolucionario, el del Bienio Progresista.

La aristocracia y la burguesía españolas, con las que se codeó en Sevilla, Madrid y en menor medida en Granada, no merecían mejores consideraciones. Aunque veía en ellas ansias de progreso, juzgaba éstas negativamente porque destruirían el carácter español para sustituirlo por una mala imitación de la Europa del norte. Los comentarios irónicos sobre las costumbres de los sevillanos acomodados todavía ofendían en 1975 a José Alberich, que escribía estas airadas palabras: “Ford criticaba a la sociedad hispalense por no vivir según las convenciones y el lujo de la inglesa, pero ¿le habría gustado realmente encontrar en Sevilla una copia de sus amistades londinenses? ¿No le habría privado eso del placer irónico con que comenta las para él rarezas y ridiculeces de una comunidad totalmente distinta en sus formas de vida? Además, de no haber sido así, Ford no habría podido darse el gusto de escribir que, a pesar de vivir como un «grande», estaba ahorrando la mitad de sus rentas...”⁴³.

⁴¹ También señala Alberich: “Su erudición hispanística iba ya siendo considerable, y llegaría con el tiempo a ser colosal, pero marginal y mal digerida”. Alberich, 1975: 114 y 124.

⁴² Ford, 2008: 14.

⁴³ Alberich, 1975: 107. Otros españoles que se han acercado a la obra de Ford, lejos de sentirse tan ofendidos, ponen el acento en sus virtudes. Enrique Mesa, quien en 1922 tradujo por primera vez a Ford a la lengua española, dice que el inglés “ha mirado con limpios ojos y ha observado, perspicua y sagazmente, los paisajes, tipos, caracteres, usos y costumbres españoles” y quiere hacer notar “su formidable potencia visiva, el relieve y plasticidad de sus descripciones, la finura de la percepción, la agudeza y gracia de su juicio y aquella noble y honrada sinceridad con que enaltece las virtudes de nuestra raza y declara y fustiga sus defectos” (Mesa Manrique, 1982: 7-8). Para Cristina Viñes Ford es “sin duda, el más agudo observador de la realidad de nuestro país” (Viñes Millet, 1982: 162).

La altivez con la que Ford mira a los españoles era habitual entre las elites británicas de su tiempo, poseídas por el espíritu colonial, por la certeza de que estaban llamados a dominar el mundo y por la convicción de que ellos constituían la civilización con mayúsculas. Esto aflora con naturalidad en un británico que escribe para británicos. Así, dice sobre Gibraltar que es “una brida puesta en la boca de España y de Berebería”, una brida que “habla un idioma de poder y fuerza que es el único que esas dos naciones entienden”⁴⁴. Un notable hispanista muy posterior, Gerald Brenan, aun admitiendo los prejuicios de Ford, destacó también sus virtudes en un prólogo a *Gatherings from Spain*:

Quizá sea el rasgo más característico de su libro la gran alegría de vivir que de éste se desprende y su inmensa curiosidad por todo lo español, que combina con una gran dosis de sentido común y un justo criterio cuando cree que una explicación se hace necesaria. Aunque sus opiniones sean a menudo incisivas y su ironía mordiente, era, en el fondo, humano y tolerante. [...] No obstante, tenía sus prejuicios. Procedía de la alta aristocracia inglesa, era conservador en política y protestante por añadidura en una época en que los protestantes se inclinaban a despreciar lo que consideraban como «supersticiones católicas». [...] Cuando dice que la pobreza y la lamentable situación de los campesinos y trabajadores de las ciudades es consecuencia de la corrupción e ineficacia de los gobiernos españoles, olvida que la miseria de los labradores y de los obreros ingleses era aún mucho mayor. Estas eran cosas que la alta clase inglesa apartaba de su mente⁴⁵.

Otro hispanista británico, Ian Robertson, ha escrito más recientemente que la obra de Richard Ford tiene un “inimitable ingenio”, y “no fue una simple guía, sino un compendio de todo el arte de viajar, escrito por un viajero ideal, con quien España y cuantos la tienen por «muy querida» estarán siempre en deuda”⁴⁶. Añade: “Algunos españoles han considerado que sus opiniones son amargadas, que sus advertencias son infundadas y que los comentarios mordaces y críticos sobre su país eran gratuitos y engañosos. Sin embargo, estén o no justificados, nadie negará que España cautivó a Ford de por vida”⁴⁷.

En mi opinión a Richard Ford hay que leerlo como a un hijo de su tiempo y condición social. Ofenderse por los comentarios que hace de los diversos estamen-

⁴⁴ Ford, 2008: 338.

⁴⁵ Prólogo de Gerald Brenan a Ford, 1974: 6-7.

⁴⁶ Robertson, 1988: 316.

⁴⁷ Robertson, 2007: 52.

tos sociales, la religiosidad y las costumbres de un país que estaba sumido en un esterilizante y agónico absolutismo, es una actitud poco histórica. José Alberich lee el libro de Richard Ford como si fuese el de un historiador moderno y no el de un viajero romántico que escribió más de un siglo antes, de ahí que su proceso de deconstrucción resulte a todas luces excesivo y las muchas virtudes de la obra de Richard Ford queden sepultadas bajo el ofendido patriotismo del historiador sevillano⁴⁸. Las críticas que hace saltan a la vista de cualquier lector medianamente informado, que pasa sobre ellas sin darles importancia, pues lo que busca son cuadros pintorescos, situaciones divertidas y datos curiosos. El sentido del humor de Ford, que funciona muy bien, consiste muchas veces en exagerar y caricaturizar, en establecer comparaciones excesivas y en recrearse con las situaciones que juzga grotescas. La obra de Richard Ford pasada por el tamiz de José Alberich —o del embajador Addington, amigo de Ford obsesionado con lo políticamente correcto— habría sido como la más anodina de las guías de viajes modernas, y evidentemente la fama de Richard Ford no procede sólo de su torrente de datos, sino sobre todo del personal e ingenioso prisma desde el que ve a los españoles. Criticar los escritos de Ford desde el ángulo de la “fidelidad a la verdad” es como denunciar los grabados de David Roberts porque en ellos alarga los edificios, fuerza las perspectivas y se recrea en las ruinas. Roberts era un artista y no un fotógrafo documental y Ford un literato romántico y no un historiador académico. Los errores y prejuicios del viajero inglés hay que señalarlos, pero sin impedir que esos árboles nos impidan ver el bosque. A Richard Ford hay que tomarlo con mucha prevención como una fuente documental y leerlo con el mismo placer que se lee *The Alhambra* de Washington Irving. Precisamente aquí hay que señalar una apreciación errónea en la que han caído muchos autores, y es la de juzgar a Richard Ford como un autor “realista” y alejado del romanticismo —tendencia en la que no le gustaba verse incluido— y a Washington Irving como un autor fantástico y romántico. La realidad es que ambos autores, que fueron amigos, tienen mucho en común. Los cuadros costumbristas de Irving son francamente realistas cuando confrontamos sus descripciones con lo que nos cuentan los archivos, sólo que el norteamericano pasa lo que ve por una lente amable mientras que Ford lo hace por una lente irónica⁴⁹.

⁴⁸ No obstante, pese a la dureza de sus críticas, José Alberich afirma: “Se puede decir sin exageración que aún hoy día no existe mejor manual que el de Ford para el viajero culto que quiera recorrer nuestra patria en busca de los restos monumentales de un pasado glorioso”. Alberich, 1975: 121.

⁴⁹ Lo pegada a la realidad que está la descripción de la Alhambra de Washington Irving queda de manifiesto, a partir de documentación de archivo, en Barrios Rozúa, 2010 [2].

Los escritos de Richard Ford son fluidos a pesar de estar plagados de digresiones eruditas y citas en griego, latín, francés o italiano, y ello se debe a la viveza de sus descripciones, el recurso a refranes españoles —que hacen de la guía un Sancho Panza que acompaña al viajero—, las anécdotas curiosas y divertidas, y los perfiles caricaturescos de muchos personajes. Hoy el lector español se asoma a estas páginas con la misma sorpresa que un viajero inglés del siglo XIX, porque el país y el pueblo que se describen poco se parecen a los del presente; es por ello un viaje en el tiempo que tiene una viveza y un color que muy pocos escritores de su época lograron. Los propios determinismos geográficos, históricos y genéticos con los que Ford mira el país tienen el valor de permitirnos viajar a través de los prejuicios de aquellos tiempos y comprender cómo se gestaron tópicos que no han sido del todo desterrados, y así mismo hacernos reflexionar sobre el desierto con el que los españoles de hoy podemos llegar a contemplar otros países que consideramos atrasados respecto al nuestro.

Pero más allá del indudable placer que el moderno lector encontrará en la lectura de las páginas que Richard Ford dedicó a Granada, hay que prevenirle sobre ciertos problemas si desea utilizarlo como fuente histórica. Su descripción de Granada y de la Alhambra presenta un problema cronológico que ya he señalado pero sobre el que debo insistir: mezcla sin avisar las más de las veces las impresiones de sus estancias en 1831 y 1833, con las informaciones que le han enviado amigos con posterioridad o lo que ha leído hasta la publicación del libro en 1845 y la reedición en 1855⁵⁰. Las incertidumbres cronológicas desaparecen, sin embargo, en las bien fechadas cartas que envió desde Granada y que sirven de impagable complemento a este volumen.

RICHARD Y HARRIET FORD DIBUJANTES

Muy interesado por la pintura, Richard Ford hizo más de 500 dibujos en España, siendo Granada y Sevilla las ciudades de las que tomó mayor número de vistas⁵¹. La ejecución de sus dibujos es realista y documental, pues constituyen

⁵⁰ Las personas que le enviaron información sobre España eran en su mayoría británicas y como español destacó el arabista Pascual Gayangos. Véase Robertson, 1988: 308-309 y 312.

⁵¹ Ford, 1963: 7. Sobre las publicaciones realizadas de los dibujos de Granada véase Gamiz Gordo, 2007: 94.

un complemento a las anotaciones que iba tomando de cuanto veía. Dibujaba con lápiz, reforzando en algunas ocasiones con acuarela y blanco de plomo. Sus temas predilectos son pintorescos, de lo que da fe el hecho de que prefiriera las vistas de las torres y murallas de la Alhambra colgadas sobre el valle del Darro al interior de los palacios, o los perfiles de las ciudades al interior de los templos. La selección netamente romántica de los temas que elige queda reforzada cuando sabemos que prestó algunos de sus dibujos a David Roberts y otros autores de la época. Richard da este consejo a los pintores:

Las mañanitas, y los anocheceres, y las tardes frescas, son siempre preferibles, mientras que para el artista las espléndidas horas de la salida y la puesta del sol, las siluetas de las montañas que se destacan marcando las formas con las enormes sombras, son artísticas y bellas sobre toda ponderación. En estas regiones, casi tropicales, cuando el sol está alto se pierde el efecto de la sombra y todo parece plano y sin ningún relieve⁵².

En cuanto a la importancia de los más de treinta dibujos de Richard Ford, que prestan atención a edificios hoy desaparecidos o nos muestran la Alhambra antes de las campañas de restauraciones iniciadas en 1837, ha sido destacada por todos los historiadores que se han aproximado al periodo romántico. Pedro Galera Andreu describe así el estilo de un aficionado que se preocupó principalmente de la arquitectura en su contexto paisajístico: "Se trata de un dibujo de trazo muy fino y corto, tanto que parece formado casi por una sucesión de puntos; sin sombra, y atento a reflejar la exactitud de la visión, no dudando en ayudarse de la leyenda explicativa o del letrero indicador sobre los diversos elementos que integran la composición, de similar manera a como se procedía en el dibujo descriptivo o de índole topográfica usado a fines de la Edad media y en el Renacimiento"⁵³.

Richard Ford perfeccionó su técnica como pintor bastantes años después de su regreso de España recibiendo clases del pintor paisajista John Gendall, lo que le llevó a realizar algunas acuarelas a partir de sus dibujos de España a las que dio un carácter netamente romántico⁵⁴.

Su esposa Harriet, aunque menos prolífica, fue más ambiciosa. El marqués Astolphe Custine nos dejó testimonio en julio de 1831 del proyecto de Harriet como

⁵² Ford, 1974: 104.

⁵³ Galera Andreu, 1993: 128.

⁵⁴ Ford, 1963: 8.



Harriet Ford como maja andaluza
(pintura de Reinagle basada en un dibujo de Lewis, 1833).

dibujante señalando que ella le dijo que “llevará a su país las vistas y los planos más detallados, más exactos que han sido nunca realizados de este palacio”. Sin embargo, o bien interrumpió su tarea y sólo hizo los tres espléndidos dibujos que nos han llegado, o bien elaboró otros que no se han conservado o están extraviados. A la vista de sus dibujos Custine hace la siguiente reflexión: “La arquitectura morisca se presta al dibujo; sobre el papel sus defectos son atenuados, sus bellezas destacan, el efecto general crece sin que se pierdan los detalles. Resulta de esto que el grabador más fiel puede mentir pese a la exactitud irreprochable de sus imitaciones de los detalles”⁵⁵. De Harriet destaca el historiador Pedro Galera su interés por las complejas ornamentaciones y la extraordinaria precisión de su dibujo: “De haberse prolongado su estancia en el palacio, habría sido la suya junto con la de Owen Jones, la mas valiosa contribución inglesa al estudio y conocimiento de la Alhambra de aquella generación”⁵⁶.

LAS CONCEPCIONES ESTÉTICAS DE FORD

La pasión que Richard Ford siente por la pintura barroca no se hace extensiva a otras manifestaciones artísticas de ese tiempo. Si de Alonso Cano admira su pintura, rechaza sin embargo la escultura porque no le atrae la policromía, algo que justifica así cuando contempla las esculturas de Adán y Eva de la Catedral granadina: “Ambas son de tamaño natural, pero parecen más bien preparaciones anatómicas, ya que la esencia de la escultura es la forma, y cuando se le añade el color nos excedemos, pues se echa de menos la única cosa que se desea: la vida”⁵⁷.

Sin embargo, es la arquitectura barroca la que siempre concita su más cáustico desprecio. Nada más poner el pie en la España visita la Catedral de Cádiz, de la que dice: “los planos fueron preparados por Vicente Acero, y son tan malos, incluso para el periodo Churrigueresco, que nadie, a pesar de muchas intenciones, ha sido capaz de corregirlos”⁵⁸. De la Colegiata de Jerez señala que “es de un pésimo churrigueresco; el arquitecto no topó ni siquiera por casualidad con una regla acertada ni se desvió tampoco hacia el sentido común más elemental”⁵⁹. Cuando ve el

⁵⁵ Ford, 2008: 102-103.

⁵⁶ Galera Andreu, 1993: 132.

⁵⁷ Ford, 1955: 95.

⁵⁸ Ford, 2008: 177.

⁵⁹ Ford, 2008: 150.

monumento del Triunfo de la Inmaculada de Sevilla anota que “es ciertamente el triunfo del mal gusto”⁶⁰. En Córdoba se lamenta de que las “iglesias modernas están sobrecargadas de churrigueresco y dorado bárbaro”⁶¹ y en Granada califica “de un insultante churrigueresco” el altar del Rosario en la iglesia de Santo Domingo y como “un monstruoso revoltijo de churrigueresco” el Sagrario de la Catedral⁶².

Tampoco le es grata la arquitectura renacentista, no porque le epate como la barroca, sino porque es un amante de lo exótico que huye del clasicismo que satura toda Europa. En Granada no oculta su indiferencia, casi desprecio, hacia dos obras maestras del renacimiento bien distintas, el palacio de Carlos V, que es el mejor ejemplo de arquitectura a la italiana que podía ver en España, y la Catedral, obra maestra del personal Diego de Siloe⁶³. Más duro es con la Catedral de Málaga, en la que ve una desafortunada amalgama de renacimiento y barroco, y de la cual hace esta caricaturesca descripción:

Los planos originales de Diego de Siloe, fueron modificados por cada arquitecto que se sucedía en la tarea, y ahora el edificio es un *pasticcio* que nunca gustará a nadie excepto a los malagueños [...]. La fachada se levanta entre dos torres: una está por acabar, y la otra se estira como un catalejo, con una cúpula que parece una lata de pimienta [...]. El interior es un fracaso. El techo está envoltado con un diseño muy escueto y como de hilos, mientras que una pesada cornisa está sostenida por columnas corintias acanaladas y dispuestas en un grupo, unas contra otras, sobre plintos mal proporcionados⁶⁴.

Aunque no le gustara que le llamaran “viajero romántico” y despreciara al “charlatán de Chateaubriand” y su *El último Abencerraje*, más por francés que por otra cosa⁶⁵, Ford demuestra continuamente que su gusto está marcado por la estética romántica. Por ejemplo, la dureza con la que juzga catedrales renacentistas y barrocas como las de Granada, Málaga y Cádiz, contrasta con su juicio de la sevillana (“es la más grande y bella de España”⁶⁶) y edificios anexos a aquellas

⁶⁰ En este caso además de una censura estética hay otra religiosa respecto a la polémica de la Inmaculada Concepción. Ford, 2008: 226.

⁶¹ Ford, 2008: 257.

⁶² El mismo calificativo aplica a la Casa Capitular ubicada en la antigua Madraza. Ford, 1955: 85 y 94.

⁶³ Ford, 1955: 102.

⁶⁴ Ford, 2008: 358.

⁶⁵ Ford, 1955: 104.

⁶⁶ Ford, 2008: 183.

como la portada del Sagrario de la Catedral de Málaga (“una de esas bellas y viejas puertas góticas”) o la Capilla Real de Granada, de la que destaca “el emocionado sentimiento que inspira, en particular, la solemnidad del gótico”⁶⁷.

Pero es la arquitectura musulmana la que más concita su interés. Ford admira todas las etapas del arte de al-Andalus, no sólo la nazarí, y se deshace en elogios hacia la Giralda o la Mezquita de Córdoba, de cuyo interior dice que “es imposible de describir, es preciso verlo; es un laberinto de columnas”⁶⁸. Si en esto coincide con todos los viajeros, se diferencia en que éstos suelen mostrarse despectivos hacia el urbanismo musulmán, con sus calles estrechas y laberínticas, mientras que él sí aprecia las virtudes de este urbanismo, como ponen de manifiesto estas consideraciones sobre Sevilla:

Esta ciudad, como la mayor parte de las de construcción mora, está llena de callejas tortuosas, estrechas, retorcidas. Es muy fácil perderse en este laberinto: los coches solo pueden pasar por las más anchas de esas calles, que fueron trazadas antes de que hubiera coches, cuando la gente iba a pie o a caballo. En invierno parecen fondos de pozos, pero en verano son frescas y agradables, por estar siempre a la sombra. Los moros sabían lo que traían entre manos. Ahora bien, las corporaciones ilustradas —ante la insistencia de los reales académicos— están haciendo todo lo posible en este momento por ensancharlas, dejando así el paso al sol ardiente y destruyendo su pintoresquismo irregular⁶⁹.

Así pues, la adaptación al clima tórrido del verano y la tranquilidad que proporciona evitar el paso de carros hacen que estas calles contrasten con las anchas, ruidosas y monótonas avenidas que en Europa y en la propia España son consideradas signo de modernidad. No puede extrañarnos que afirme: “Sevilla, Córdoba, Ronda y Granada, cada una a su manera peculiar, no tienen rival ni en España ni en Europa”⁷⁰, mientras Madrid le parece una ciudad aburrida que intenta imitar pobremente a las ciudades europeas⁷¹.

Si su atracción por el arte de al-Andalus ya dice mucho de su gusto romántico, aún más sus recomendaciones para admirarlo, que no son las de un historiador aca-

⁶⁷ Ford, 1955: 97.

⁶⁸ Ford, 2008: 253.

⁶⁹ Ford, 2008: 29.

⁷⁰ Ford, 2008: 19.

⁷¹ Ford, 1974: 346.

démico, sino las de un artista formado en las categorías estéticas de Edmund Burke y de William Gilpin. De su inclinación a lo sublime es elocuente su invitación a contemplar la Alhambra en la “penumbra de la tarde”, gracias a la cual “se convierte por entero en una visión del pasado, porque la luz del día disipa el ensueño del ambiente encantado, y comenzamos a examinar, medir y comentar”⁷².

Lo pintoresco es el valor al que más referencia directa hace. Le encantan los paisajes escarpados, hasta el punto de que subió dos veces al Veleta, y siempre destaca que nada puede ser más fascinante en una ciudad que su relación con un paisaje agreste. La Alhambra, que sigue “las curvas y oquedades del terreno”, le lleva a declarar que “no existe ningún intento de simetría ni de líneas rectas; de aquí la elegancia y pintoresquismo de estas fortificaciones orientales”⁷³. En Alhama de Granada afirma: “El panorama entero es ideal para el pintor; sobre los bordes de los acantilados en equilibrio se posan pintorescas casas con viñas al tresbolillo y jardines colgantes, mientras abajo se ven molinos de agua y cascadas”⁷⁴. De Ronda recomiendan a los “que van buscando pintoresquismo” que comiencen en ella su viaje y añade: “No hay más que una Ronda en todo el mundo, y este Tajo y su cascada constituyen su corazón y su alma”⁷⁵.

Ford se lamenta en numerosas ocasiones de la indiferencia de los españoles hacia su rico y diverso patrimonio histórico:

No hay país en el mundo que pueda rivalizar con España, cuyo seco clima, por lo menos, es conservador en recuerdos de antaño, en torres y torreones, en casas señoriales, en balcones volados, tan viejos que parece que van a desplomarse a las hondonadas o torrentes sobre los cuales cuelgan. Aquí pueden verse todas las formas y colores de la pobreza pintoresca; las enredaderas trepan por todas las grietas e irregularidades de los muros, mientras abajo las náyades chapotean bañando sus rojas y amarillas vestiduras en los dorados y gloriosos rayos de sol. ¡Qué cuadro para todo el que no sea natural del país! Pero éste no ve ninguna de las maravillas de la luz y la sombra, los reflejos, los colores y las líneas: es ciego a todas las bellezas, y sólo está atento a los andrajos y a los estragos del tiempo⁷⁶.

⁷² Ford, 1955: 75.

⁷³ Ford, 1955: 40.

⁷⁴ Ford, 2008: 366.

⁷⁵ Ford, 2008: 318.

⁷⁶ Ford, 2008: 302.

La disposición de los españoles a derribar lo que estorba el progreso queda ilustrada por el caso de las Atarazanas nazaríes de Málaga:

La *atarazana* o astillero moro es todavía arsenal, de nombre aunque no de hecho. Un bello arco de mármol en forma de herradura sigue en pie: ha sido desfigurado por un miserable cobertizo y escapó por los mismísimos pelos al hado de ser demolido en 1833; el español que tiene un puesto de autoridad siente poco interés por el arte moro, que considera como resto de un bárbaro infiel e invasor; le irrita la admiración que inspira a los extranjeros, porque implica una cierta inferioridad en él. Incluso Ponz, que era persona de gusto y aficionada a las antigüedades, recomendaba «embellecer y reparar» Málaga, quitando «todas las fealdades que tienen resabios de los moros». Quería poner en su lugar lo académico y lo trillado⁷⁷.

El desprecio que encuentra por doquier hacia el patrimonio histórico le lleva a afirmar contundente que el viajero inglés debe ignorar la opinión del “español de clase alta” porque:

su única idea de una ciudad civilizada es un vulgar grupo de anchas calles rectangulares, construidas y pintadas uniformemente, como soldados en parada, adoquinadas y alumbradas con gas, por las cuales se paseasen los españoles, vestidos lo mismo que los ingleses, y las españolas, como las francesas; maravillas todas que cualquier extranjero puede contemplar en su propia casa sin tomarse la molestia de ir tan lejos y que no merecen seguramente la pena, pues, cuando más, llegan a ser una imitación vulgar, sin gracia, historia, nacionalidad, color ni carácter, salvo el de una utilitaria comodidad o vulgar conveniencia, buena para políticos y contratistas, pero mortal y destructora para el hombre del lápiz y el cuaderno⁷⁸.

Y en otra parte remacha que “frecuentemente los naturales desprecian o se avergüenzan de esas mismas cosas que más interesan y encantan al extranjero, al cual muestran las cosas modernas más bien que las viejas, enseñando especialmente sus malas copias de Europa, con preferencia a sus cosas originales, tan ricas, y con tal

⁷⁷ Ford, 2008: 357.

⁷⁸ Ford, 2008: 303-304.

aroma racial"⁷⁹. Estos duros juicios sobre las actitudes de los españoles hacia el patrimonio histórico los matiza más tarde cuando reconoce que una parte del encanto que el viajero inglés encontrará en España se debe al atraso, y que el viajero "cuya imaginación estética puede ver la poesía y la belleza de los pintorescos harapos y las derruidas aldeas españolas", está sin embargo "ciego para la pobreza, miseria y falta de civilización, que es lo único a que atiende el español de las clases cultas, en cuya alma exaltada resplandecen los futuros bienestares que le proporcionará el algodón"⁸⁰. Consideración que complementa un juicio que delata la visión orientalista que tenía de España: "Triste cosa es que los españoles no sepan apreciar la Alhambra, pero igual ocurre con los asiáticos, que no tienen otra preocupación que la del día en que viven y que no se cuidan poco ni mucho del pasado ni del futuro y sólo piensan en sí mismos y en el día de hoy". Una indiferencia hacia el patrimonio que no es sólo producto del deseo del progreso o de la pobreza, sino también de la familiaridad con él: "Conviene, sin embargo, que el viajero piense que muchas de las cosas que para él tienen los arrebataadores y tentadores encantos de la novedad, se miran por el apagado y saciado ojo del natural del país con una familiaridad que engendra menosprecio"⁸¹. Una explicación que no se le ocurre aplicar a los ingleses que como él desprecian con duros epítetos el clasicismo y el barroco.

GRANADA DURANTE LA "DÉCADA OMINOSA"

Richard Ford se alojó en una Granada que vivía los últimos años del absolutismo. Éste había sido restablecido en la ciudad el 28 de julio de 1823 cuando los Cien Mil Hijos de San Luis entraron en la ciudad sin encontrar resistencia y dieron comienzo a la que con toda justicia los liberales llamarían "Década Ominosa". No en vano, hasta una persona de ideas tan conservadoras como Richard Ford se mostraría horrorizado ante la ejecución de Mariana Pineda el 26 de mayo de 1831⁸². Tres meses después del agarrotamiento de la joven liberal Astolphe Custine diría que el "terror reina en Granada" desde esta ejecución y que hay un fuerte descontento

⁷⁹ Ford, 1974: 301.

⁸⁰ Ford, 2008: 328.

⁸¹ Ford, 1974: 300-301.

⁸² Ford, no obstante, considera que los militares liberales insurrectos merecen ser ejecutados. Carta del 7 de junio de 1831 en Ford, 1955: 131 y 134.

contra el absolutismo que convierte al país en un volcán a punto de explotar⁸³. A los sectores más ultras, sin embargo, la represión de Fernando VII les parecía tibia y se entregaron a conspiraciones ultramontanas que serían la semilla del carlismo⁸⁴. Uno de sus caballos de batalla fue la restauración de la Inquisición, a la que muy a su pesar el rey se opuso por presiones de la Santa Alianza. No obstante, el temido tribunal fue sustituido por unas Juntas de Fe diocesanas de carácter paralegal integradas por antiguos inquisidores que actuaron contra todo tipo de conducta que juzgaban contraria a la religión. El clero no se decantó abiertamente por Carlos y siguió depositando sus esperanzas en Fernando VII, aunque no era por ello menos absolutista ni compasivo hacia los liberales, esa "raza de víboras"⁸⁵. Las personas que habían comprado bienes nacionales durante el breve periodo constitucional fueron considerados enemigos de la religión y perdieron el dinero invertido; como se lamenta un propietario granadino: "Muchos perdieron el juicio: otros de pesar murieron e infinitos se arruinaron"⁸⁶.

El clero regular, omnipresente en las calles de la ciudad, no podía ocultar su decadencia y sus intentos para recuperar efectivos y recaudar dinero con el que restaurar sus cenobios tuviera desiguales resultados, experimentándose un moderado aumento de vocaciones frente a una fuerte disminución de los recursos, lo cual sólo podía conducir a una situación insostenible⁸⁷. No iban mejor las cosas para el clero secular, que vio cómo las rentas de algunas sedes episcopales experimentaban un espectacular descenso. Es el caso de la diócesis de Granada, que en 1813 gozaba de unas rentas de 1.786.897 reales, que disminuyeron a 834.666 en 1823, para quedar reducidas a sólo 528.153 en 1827⁸⁸. Pese a sus crecientes dificultades económicas la Iglesia continuó con las ayudas de los feligreses las obras de restauración o reconstrucción emprendidas antes del Trienio Liberal en la iglesia de San Andrés y en la ermita de San Miguel Alto. Además hubo de reconstruirse parcialmente el templo de San Nicolás, que en 1828 sufrió graves daños por la caída de un rayo. Ésta débil recuperación del clero contrasta con el fuerte ascenso del anticlericalismo; el

⁸³ Custine, 1844: 111-116 tomo IV.

⁸⁴ Callahan, 1989: 136 a 138.

⁸⁵ La expresión pertenece al obispo de Badajoz. Baldó Lacomba, 1988: 292.

⁸⁶ Citado por González de Molina, 1984: 132.

⁸⁷ La recuperación de efectivos en toda España, aun siendo importante, no compensa las pérdidas sufridas durante el Trienio Liberal. Si en 1820 había 33.546 frailes (frente a los 46.568 de 1808), en 1835 la cifra se había reducido a 30.906. Revuelta González, 1976: 13.

⁸⁸ Callahan, 1989: 140 y 141.

católico francés Astolphe Custine constató muy a su pesar que en las clases altas había una intolerable simpatía por los filósofos del siglo XVIII y en las populares una falta de respecto hacia la religión, mientras el clero secular odiaba al regular y viceversa⁸⁹.

La represión política y religiosa sumió en la más absoluta oscuridad la vida cultural de Granada, una ciudad en la que hay una total ausencia de librerías, poca vitalidad editorial, ausencia de bibliotecas públicas, una enseñanza primaria que atendía a un número muy reducido de los niños de la ciudad⁹⁰ y ningún periódico o revista, cuando en el Trienio Liberal se habían editado 55. La vida cultural se reducía a las representaciones teatrales u operísticas que se ofrecían en el teatro, el edificio más moderno de la ciudad, y cuya apertura estaba amenazada continuamente por la suspensión de pagos. En resumen, entre los habitantes de la ciudad había "una escasísima minoría ilustrada y una ingente masa popular ignorante, iletrada y analfabeta"⁹¹. No exageraba Richard Ford cuando señalaba que Granada es "pobre, aburrida, ignorante, indolente y áspera"⁹².

No obstante, Granada era una ciudad de una extraordinaria belleza, con un legado urbanístico y arquitectónico de una originalidad que atrae a numerosos viajeros románticos en el periodo. Eso sí, las desamortizaciones y episodios de iconoclastia vividos durante la Guerra de la Independencia y el Trienio Liberal no habían dado lugar a la promulgación de leyes protectoras de monumentos, ni se crearon instituciones para defenderlos⁹³, mientras que la animadversión hacia el clero regular crecía en amplios sectores de la población anunciando que la próxima exclaustación sería radical.

Aunque no se puede afirmar que todo fuera declive en España durante este periodo⁹⁴, es indudable que la evolución de la antigua capital nazarí será negativa. Influirán en ello tanto los factores de ámbito estatal como una creciente pérdida de relevancia administrativa y política de la ciudad, fenómeno que hundía sus raíces en la propia Edad Moderna. Granada entró en una dinámica cada vez más provin-

⁸⁹ Custine, 1844: 118 y 121-125 tomo IV.

⁹⁰ Szmolka Clares, 1974: 192.

⁹¹ Díaz Lobón, 1982: 88.

⁹² Ford, 1955: 14.

⁹³ La única legislación sobre patrimonio histórico dictada en el primer tercio del siglo XIX era muy imprecisa y tenía por objeto en la mayoría de los casos proteger restos arqueológicos. Algunas de estas reales cédulas, órdenes e instrucciones pueden verse en Alegre Ávila, 1994: 42-44.

⁹⁴ Josep Fontana llamó a "abandonar la imagen elementalmente catastrofista que se suele dar de estos años, y a buscar en ellos los signos de una transición y de unos cambios". Fontana, 1992: 272.

ciana como constató Richard Ford⁹⁵, proceso dramático que se prolongará hasta bien entrado el siglo XX. En 1834 es suprimida la Chancillería y el amplio territorio que englobaba se fragmenta en varias audiencias territoriales; la de Granada abarcará sólo las cuatro provincias orientales de Andalucía⁹⁶. La ciudad queda, además, completamente descolgada del incipiente desarrollo industrial y comercial que se da en algunas partes del país, entre otras razones por las dificultades que presenta el transporte, evidentes en la falta de un puerto en Motril y en la pésima red de caminos, que además se encuentra abandonada por la falta de recursos de los ayuntamientos⁹⁷. En estas condiciones la agricultura encuentra graves obstáculos para su comercialización. En cuanto a la industria textil, había sido parcialmente desmantelada durante la invasión francesa⁹⁸.

El declive administrativo y económico de Granada tuvo su reflejo en el estancamiento demográfico, lo que contrasta con la tendencia a un moderado crecimiento que muestra el conjunto de España⁹⁹. El siglo comenzó con una epidemia de fiebre amarilla, a la que sucedió años más tarde la Guerra de la Independencia y la crisis agrícola. No obstante, a comienzos del sexenio absolutista se inicia una clara recuperación demográfica que se prolongará hasta que en 1834 llegue a la ciudad la terrible epidemia de cólera morbo que venía asolando Europa y que ocasionó probablemente la mayor mortandad que se dio en provincia alguna de España¹⁰⁰. Richard Ford no pudo tomar una decisión más acertada cuando partió de Granada con su familia alarmado por las noticias que anunciaban la inminente llegada de esta epidemia. El impacto del cólera explica que Granada tenga al iniciarse la revolución liberal un número de habitantes levemente inferior al de finales del siglo XVIII, o sea, algo menos de 55.000 personas¹⁰¹.

⁹⁵ Richard Ford dirá que los "españoles han trabajado verdaderamente con ahínco para neutralizar los dones de una naturaleza generosa y para empuñecer esta capital, una vez orgullosa, hasta llevarla a la paralización de una ciudad provinciana". Ford, 1955: 14.

⁹⁶ Szmolka Clares, 1975-1976: 510.

⁹⁷ "El estado actual en que se hallan los caminos de esta provincia, exige que los ayuntamientos traten inmediatamente de contribuir à que un mal que paraliza los progresos del comercio y de la industria se remedie de un modo efectivo. La falta de fondos que esperimentan la mayor parte de las municipalidades parece haber sido la causa de mirar con tanto descuido un objeto tan interesante...". *Boletín Oficial de la Provincia de Granada* (en adelante BOPG), 28 abril 1834.

⁹⁸ Díaz Lobón, 1982: 40-52.

⁹⁹ Fontana, 1992: 263-267.

¹⁰⁰ Rodríguez Ocaña, 1983: 80-88.

¹⁰¹ Los autores no se ponen de acuerdo a la hora de ofrecer cifras, aunque coinciden más o menos en estas conclusiones. Díaz Lobón, 1982: 17-19; Sanz Sampelayo, 1981: 245-248, Szmolka Clares, 1975-1976: 498.

Esta debilidad demográfica y económica se tradujo en una escasa renovación del caserío, pues era inevitable que una población empobrecida descuidara el mantenimiento de sus viviendas. Esta dejación no se daba sólo entre las clases populares y medias, sino también entre muchas familias nobiliarias que estaban viendo erosionados sus privilegios seculares y menguadas sus rentas. Pero donde el abandono del caserío debió ser más palpable es en el que pertenecía al clero. Éste poseía, tras la desamortización de Godoy, más de un diez por ciento de las 10.000 casas con que contaba la ciudad, porcentaje al que había que unir los 69 edificios construidos para iglesias, ermitas, conventos y hospitales religiosos.

Al deterioro general del caserío hay que unir la degradación de las escasas infraestructuras de la ciudad. La falta de recursos que sufre el municipio se traduce en una débil labor de mantenimiento del firme de las calles, de la limpieza de éstas y de la conservación de la red de aprovisionamiento de aguas¹⁰². Muchas fuentes no manaban y la salubridad del agua era tan deficiente que el *Boletín Oficial de la Provincia* debía recomendar la construcción de un sencillo artefacto casero para filtrar el agua¹⁰³.

La amenaza de que la epidemia de cólera que asolaba Europa se extendiera a Granada animó a las autoridades a emitir una serie de bandos en los que se funden las manidas y genéricas obligaciones de las ordenanzas del Antiguo Régimen con algunas medidas más novedosas. Se pretendía que los cerdos no salieran de los corrales, que se limpiara "la población de los muchos perros asquerosos y enfermos que, sin tener dueños, circulan por las calles" y que se retiraran los animales muertos¹⁰⁴. Un trato no mucho más benigno merecían para las autoridades los mendigos, pues se prohibía la presencia en la ciudad de los que no fueran vecinos de ella y se pedía la reclusión de los demás en centros de beneficencia donde serían obligados a trabajar. Otro de los objetivos de los bandos era sacar las industrias peligrosas (velas de sebo, cocción de hilazas y esparto, etc.) de la ciudad y esmerar la limpieza de los edificios públicos¹⁰⁵.

Más interesante es la resolución de construir "alcantarillas públicas" —en realidad pozos negros— en el Albaicín para que las utilizaran aquellas familias que no disponían en sus casas de un lugar donde evacuar los desechos¹⁰⁶. A las casas de la

¹⁰² Sobre el deterioro de la salubridad del agua en Granada véase Rodríguez Ocaña, 1983: 53-54.

¹⁰³ BOPG, 6 septiembre 1833.

¹⁰⁴ BOPG, 3 septiembre 1833.

¹⁰⁵ BOPG, 3 y 8 septiembre 1833.

¹⁰⁶ BOPG, 3 septiembre 1833.

ciudad que carecen de letrinas y sumideros se les obligaba a construir uno en el plazo de ocho días, con la amenaza de que serían las propias autoridades quienes ejecutarían las obras a costa de los dueños, para lo cual se “embargarán los alquileres, y hasta las fincas se sacarán á subasta”. Los vertidos incontrolados en el centro de la ciudad se perseguirían con similar dureza, particularmente los que se hicieran al Darro¹⁰⁷. Más adelante se tomaron medidas como la de “invertir a los pobres jornaleros que están en la indigencia”. Y es que la paralización de la vida económica que produjo la cuarentena y el bloqueo de la ciudad llevó a una situación desesperada a numerosos trabajadores, hasta el punto de que en los lugares de contratación se produjeron desórdenes. Numerosas cuadrillas procedieron a limpiar las acequias y los cauces de los ríos, lo que no pasó de ser un remiendo pasajero¹⁰⁸.

La epidemia de cólera demostraría que las iniciativas impulsadas en las décadas precedentes para resolver el problema de las inhumaciones habían resultado insuficientes¹⁰⁹. Buena parte de los enterramientos seguían realizándose en el cementerio de Almengor, situado en el interior del casco urbano, y en algunas parroquias y conventos, pese a que estaba expresamente prohibido desde 1805¹¹⁰. Las autoridades adoptaron nuevas medidas para ubicar “en los puntos mas libres y ventilados este foco de putrefacción”¹¹¹, a la par que querían garantizar que fueran “lugar de veneración y de recuerdo religioso en donde se depositan los despojos de la humanidad, sin dejarlos expuestos a la voracidad de los animales carnívoros”¹¹². El cólera también puso de manifiesto la mediocridad de los servicios sanitarios. Los

¹⁰⁷ BOPG, 8 septiembre 1833.

¹⁰⁸ Entre las medidas que se dicten desde el Ministerio del Interior para combatir el cólera estará “la ocupación de los jornaleros en obras útiles”, una forma de mantener la paz social a la paz que de contribuir a la limpieza de la ciudad en unos momentos críticos. BOPG, 3 agosto 1834 y Rodríguez Ocaña, 1983: 110.

¹⁰⁹ El BOPG (16 octubre 1833) recogió la preocupación de las autoridades ante la proximidad de la epidemia: “Doscientos ochenta y cinco pueblos tiene la provincia de Granada, y en mas de una tercera parte de ellos se hallan los cementerios, ó ya en las inmediaciones del pueblo, ó ya en el centro del mismo. Los daños que esto puede causar a la salubridad publica en las actuales críticas circunstancias, en que ese mortífero y cruel contagio del cólera-morbo hace mansion de todos aquellos sitios en donde la fetidez, el desaseo y los miasmas pútridos espesa la atmósfera y la corrompen, se deja á la consideración de los que conocen la necesidad de adoptar una medida tan eficaz que preserve a los pueblos del riesgo que pueden correr [...] sabemos que la falta de medios y recursos de los mismos pueblos y los ningunos fondos de las fábricas de algunas iglesias, han sido la causa de que en muchos no se hayan señalado locales correspondientes para construir los cementerios...”.

¹¹⁰ El tema está estudiado con detalle en Rodríguez Ocaña, 1983: 56 y 61-64.

¹¹¹ Las autoridades tenían la esperanza de que el problema quedara resuelto en toda la provincia en el plazo de seis meses. BOPG, 10 agosto 1834.

¹¹² BOPG, 3 septiembre 1833.

médicos carecían de una mínima formación —para Ford sólo servían para acelerar y certificar la muerte—, se ignoraba la forma en que se transmitía la enfermedad¹¹³ y los hospitales no estaban preparados para acoger y atender con dignidad a tanto enfermo¹¹⁴.

La impotencia de las autoridades ante la enfermedad les llevó a culpar de todos los problemas a la deficiente higiene de la ciudad, en especial al río Darro, donde vertían aguas fecales y desechos de las industrias situadas en su ribera¹¹⁵. Achacar a algunos “focos insalubres” la extensión del cólera no dejaba de ser una pataleta frente a una epidemia para cuyo combate hacían falta, de salida, unos conocimientos científicos con los que no se contaba, si bien era cierto que la salubridad de Granada distaba de ser a esas alturas óptima.

En una ciudad donde la insalubridad es un problema grave, no es de extrañar el gusto creciente de los granadinos por los paseos arbolados. Destacaban la carrera del Genil (hoy de las Angustias) o los paseos del Salón, la Bomba o el Violón. Un carácter más popular tenía el paseo de los Tristes y se vieron revalorizados, como ahora veremos, los paseos arbolados de la Alhambra.

LA ALHAMBRA EN LA QUE VIVIÓ RICHARD FORD

El deterioro de la Alhambra, que tanto impresionó a Richard Ford y a otros viajeros, merece siquiera una breve aproximación antes de hablar de los años en los que vivió el inglés, los cuales fueron de mejoras, aunque eran tantas las huellas del abandono de las décadas precedentes que con toda lógica eclipsaban los primeros esfuerzos por superarlas.

La Alhambra era una fortaleza militar de escaso interés estratégico desde que los moriscos fueran expulsados de Granada tras la guerra de las Alpujarras (1569-1571). A mediados del siglo XVIII la valoración castrense de la ciudadela cae hasta tal punto, que la guarnición militar es sustituida por un cuerpo de inválidos hábiles, personas cuyas minusvalías y pobreza las convierten en un pintoresco con-

¹¹³ En Sevilla, para combatir la epidemia, se pensó en cañonear la atmósfera para purificar el aire. BOPG, 18 septiembre 1833.

¹¹⁴ Rodríguez Ocaña, 1983: 55, 130 y 137.

¹¹⁵ Además del Darro, había otros focos que se denunciaron por su insalubridad, como el solar del antiguo matadero. Rodríguez Ocaña, 1983: 52-60.

traste con el esplendor que tuvo la legendaria corte nazarí. Mientras, las murallas, torres y baluartes no sólo quedan anticuados desde el punto de vista técnico, sino que además se degradan hasta el punto de sufrir de tiempo en tiempo pequeños hundimientos. La ocupación por las tropas napoleónicas hizo de la Alhambra un lugar estratégico y obligó a acometer en ella obras de fortificación, pero esta efímera revalorización castrense, a la que hay que unir el interés de José Bonaparte por la Casa Real, terminó abruptamente cuando los franceses en su retirada volaron una parte importante de sus murallas.

La población de la Alhambra, en su mayoría militares y artesanos textiles, sufrió con especial dureza la guerra, pues los invasores franceses obligaron a todos los vecinos a dejar sus viviendas y destruyeron bastantes de ellas, así que la repoblación del recinto fue penosa una vez finalizada la contienda. En 1819 había 290 habitantes comprendiendo a los militares; cinco años después se alcanzaba el pico con 381, pero la salida de la compañía de inválidos con sus familias supuso un duro golpe demográfico y la población declinó a la par que la ciudadela se iba monumentalizando. Richard Ford es el viajero que, después de Washington Irving, nos ofrece más noticias sobre los habitantes de la Alhambra, mostrándose más ácido que el escritor norteamericano en sus juicios¹¹⁶.

La Casa Real había sido objeto de varias campañas de obras dirigidas por el propio general Horace Sebastiani y ejecutadas por el maestro de obras Tomás López. Estas intervenciones las desprecia Richard Ford, que manifiesta una animadversión tan extrema por el general francés que le lleva a atribuirle todo tipo de desmanes, algunos tan errados como el de haber destruido la mezquita mayor de la Alhambra, que en realidad fue demolida en el siglo XVI¹¹⁷. Hemos de pensar que Ford era amigo del duque de Wellington y que leyó varios libros sobre la Guerra de la Independencia escritos por ingleses que detestaban a los franceses. Si la Casa Real fue objeto de algunas restauraciones durante la guerra, peor suerte tuvo el palacio de Carlos V, destinado a fines militares y que vio expoliadas sus escasas carpinterías. Tras la salida de los franceses las tropas patriotas lo convirtieron en almacén de artillería, uso que conservaría durante años a pesar del terrible riesgo que suponía para la Alhambra; un rayo como el que incendió en la colina frontera la iglesia de San Nicolás, o una chispa podrían haber provocado la completa des-

¹¹⁶ Sobre los personajes reales citados por Irving y Ford he aportado datos procedentes de los archivos y elaborado breves perfiles en Barrios Rozúa, 2010 [2].

¹¹⁷ Ford, 1955: 79.

trucción de los palacios; así lo entendieron muchos contemporáneos que presionaron al ejército para que retirara sus efectos de allí.

A finales de 1812 volvió a ocupar el cargo de gobernador de la ciudadela Ignacio Montilla, un anciano comandante que se mostraría como un inepto en los años siguientes y que dejó que el recinto se degradase mientras sus escasos recursos eran rapiñados por sus administradores, entre los que destacó la familia de los Núñez de Prada, que ocupaba el puesto de veedor contador desde mediados del siglo XVIII con carácter hereditario¹¹⁸. Es cierto que esta lamentable situación se da también por la propia falta de interés que manifiesta hacia la Alhambra el real patrimonio, que no libera recursos para un sitio que ha perdido su principal fuente de ingresos, la finca del Soto de Roma regalada al duque de Wellington. La amistad de éste con Richard Ford explica que el viajero visitara el lugar en dos ocasiones.

El abandono de la Alhambra estuvo acompañado en los meses que siguieron a la retirada gala de algunos expolios, sobre todo de azulejos que eran vendidos para las cocinas de la ciudad. Obras de consolidación apenas si se hicieron, pero no para cuidar el palacio, sino para reforzar algunas torres y puertas dado el carácter militar y de presidio que tenía la ciudadela. Precisamente uno de los inquilinos de la cárcel de la Alhambra fue Francisco Dalmau, autor del célebre mapa topográfico de Granada, que fue detenido por afrancesado.

Así, en la atonía arquitectónica de estos años sólo cabe citar la pequeña campaña de obras del verano de 1818, pronto interrumpida. Ese año moría a los 70 años de edad el maestro de obras Tomás López, que no había podido participar en estas tareas de consolidación.¹¹⁹ Su puesto lo ocuparían José de Salas y Antonio Agustín Garrido con carácter interino, los cuales acudirían a la ciudadela sólo cuando hubiera recursos para emprender alguna obra. Si en 1820 José de Salas abordó una serie de trabajos menores que afectaron a distintos puntos de la ciudadela, en julio de 1822, cuando varios terremotos sacudieron Granada, no se recurrió a él, porque debía estar empleado en alguna obra de la ciudad, y se llamó para practicar un reconocimiento de la Casa Real al maestro cerrajero José López y al maestro carpintero José Linares. Estos artífices encontraron cuarteada la sala principal de la torre de Comares y desprendidos fragmentos de sus yeserías, además de observar síntomas de ruina en el patio de los Leones¹²⁰. Aunque recomendaron algunas re-

¹¹⁸ El gobierno de la Alhambra le he estudiado con detalle en Barrios Rozúa, 2008.

¹¹⁹ Tomás López había sido el maestro mayor de obras de la Alhambra desde 1782. Archivo Histórico de la Alhambra (en adelante AHA), 275-2.

¹²⁰ AHA: 241-33.

ESTUDIO PRELIMINAR

paraciones, poco se hizo, salvo recolocar algunas de las inscripciones de yeso caídas y quizás colocar tirantes de hierro; de lo tosco de su intervención da idea que las yeserías con inscripciones se pusieron invertidas.



*Casa, jardines y torre morisca en Heavetree
(dibujo de Richard Ford, 1838).*

El bosque y los paseos de la Alhambra, que en aquellos días comprendían el paseo de los Mártires, sufrieron también un lamentable abandono. Aunque se suponía que el acceso a ellos sólo podía hacerse por un par de portillos que estaban vigilados, la realidad es que los contrabandistas los cruzaban con total libertad. Uno de los lugares visitados por las gentes de vida “licenciosa” que atravesaban los paseos era la famosa cueva llamada de la Mala Muerte, próxima a las Torres Bermejas, y que un contemporáneo definió como “una guarida de prostitutas y de hombres sospechosos”¹²¹. No obstante, el problema más grande que sufrían el bosque y los paseos era la sobreexplotación de sus árboles tanto para leña como para la construcción. Si una parte importante de su masa forestal había sido talada por los franceses para hacer empalizadas, los años posteriores a la guerra no fueron de recuperación, porque siguieron las talas tanto para uso de la ciudadela —parece que el propio gobernador utilizó los ingresos en provecho propio— como por robos. Como lugar de recreo los paseos fueron poco atractivos en estos años y

¹²¹ Fue cerrada en 1826. AHA, 259-13.

en consecuencia poco frecuentados, a excepción de los cadáveres que se subían diariamente al cementerio. En 1827 el bosque y los paseos presentaban una arboleda muy esquilhada, las fuentes no manaban, los caminos estaban intransitables y los escombros se acumulaban, teniendo todo el más "triste" aspecto.

El año 1827 marcó una inflexión en la recuperación de la Alhambra que de haber tardado más podría haber conducido al temido hundimiento de buena parte del recinto. Los cambios en la administración empezaron en Madrid, donde fue relevado el mayordomo mayor del real patrimonio; a continuación se eligió al comandante Francisco de Sales Serna para sustituir como gobernador al inepto Ignacio Montilla. El nuevo gobernador tuvo que enfrentarse de inmediato a una administración corrupta y endogámica, y lo hizo con decisión logrando el cese de varios empleados y colocando a su lado como veedor-contador al eficaz Francisco María Muñiz, un militar que puso orden en las cuentas. Es sintomático de lo desorientados que podían ser en ocasiones los juicios de Richard Ford el que menospreciara a este competente gobernador dando crédito a los chismes de algunos vecinos de la ciudadela perjudicados por sus decisiones¹²². En general, hay que estar prevenido ante las noticias que da Ford sobre el gobierno y expolios de la Alhambra en los siglos XVII, XVIII y primera mitad del XIX, pues están plagadas de errores que han despistado a no pocos historiadores. Por ello el lector debe tomarlas con mucha precaución, aunque si sólo busca una visión impresionista de la dejadez que sufrió la ciudadela encontrará un relato ameno.

El orden en las cuentas que logró establecerse durante el gobierno de Francisco de Sales, el empleo en los trabajos de una numerosa cuadrilla de presidiarios —que Richard Ford criticó tildando de chapuceros— y el envío de recursos desde Madrid permitieron darle un lavado de cara a la totalidad del conjunto. Fueron años de neta mejora, aunque la realidad iría demostrando que los deterioros eran mucho más graves de lo previsto y que poner en buen estado el palacio, las murallas y los paseos era una tarea tan larga como ardua que requeriría ingentes recursos. Por desgracia no existía la obligación de enviar presupuestos detallados de los proyectos y balances de lo ejecutado, así que las noticias que tenemos son muy lacónicas en comparación con las de etapas posteriores, lo que deja a este periodo injustamente oscurecido. La escasez de información hace también imposible valorar los criterios de intervención más allá de indicar que se apostó por la consolidación y que no

¹²² Ford, 1955: 35.

hay mención alguna de intervenciones en el campo de la ornamentación, que son las que van a despertar ásperas polémicas en el futuro.

En 1827 los maestros José de Salas y Antonio Agustín Garrido realizan el primer recorrido de los tejados desde hacía varios años y detectan goteras en toda la Casa Real y hundimientos en la torre de Comares y en el patio de los Leones que por lo pronto no despiertan demasiada alarma. En la primavera del año siguiente se realiza una importante campaña de obras —sin que sepamos con claridad cuáles fueron los espacios afectados—, aunque el presupuesto sólo alcanza a cubrir la mitad de lo que se estima como necesario. Con su intervención los maestros de obras declaran que “se ha salvado el edificio de una tan próxima e inevitable ruina, cual toda esta capital la temía”, pero estiman necesario emprender nuevos trabajos porque cuando se cree concluido el reconocimiento aparecen nuevos daños y ruinas que sólo se descubren al tiempo de ir obrando¹²³. Las obras se reanudan más tarde reparando tejados, consolidando muros y expulsando a “las familias andrajosas que por vía de caridad de los anteriores gobernadores lo habitaban”. Así, en el otoño de 1829 escribe el vecedor-contador embargado de optimismo que cuatro años bastarían para dejar en buen estado los palacios. Sin embargo, la gravedad de los deterioros era más grande de lo estimado, como se pondría de manifiesto la noche del 7 de marzo de 1831 cuando un trozo de la muralla sita junto al Peinador de la Reina se arruinó “dejando al edificio colgado y amenazando su total caída”. El hundimiento, que estuvo motivado por la filtración de aguas procedentes de alguna conducción o darro, llevó al gobernador a prohibir el riego de las huertas inmediatas a las torres¹²⁴. La reconstrucción se hizo siguiendo el proyecto del ingeniero militar Elías Aquino, y trabajaron en ella por primera vez los maestros de obras José Contreras y Antonio López Lara, el primero de los cuales jugará un polémico papel en las restauraciones de la Alhambra una década después.

Un logro importante del periodo fue la evacuación por la artillería del palacio de Carlos V, algo que se verificó en 1833. La primera visita a su interior desveló un panorama desolador que quedó reflejado en un pequeño informe donde se indicaba que “su estado es lastimoso en tanto grado, que sólo viéndolo puede formarse idea del deterioro que más bien puede llamarse destrucción”. El patio circular estaba “cubierto de yerba en tanta abundancia y tan alta que se podía segar, causando sus raigambres filtraciones en las bóvedas subterráneas; en suma, “es un milagro

¹²³ AHA: 227-1-19 y Archivo General de Palacio (en adelante AGP), 10759/12.

¹²⁴ AHA, 275-2.

que no haya cedido desplomándose”¹²⁵. Se procedió por ello a limpiarlo y evitar las filtraciones, y comenzó a utilizarse como taller de la brigada de presidiarios que trabajaba en las obras de la Alhambra. Ese mismo año fue reparado en profundidad el cuartel de la Alcazaba, sito junto a la puerta de las Armas, que era donde se alojaban esos presos.

Donde más notaron los granadinos las obras emprendidas por el gobernador Francisco de Sales fue en los paseos. Se arreglaron los caminos haciendo algunos arrecifes, se embellecieron las glorietas y fueron reparadas las cañerías, aunque las fuentes siguieron secas. Los árboles vivieron un respiro en las talas y la vegetación pudo regenerarse, convirtiéndose en un sitio grato para pasear.

En fin, como balance de estos años de mejoras sirvan dos testimonios de un mismo viajero. Poco antes del terremoto de 1822 el británico Charles Rochfort Scott hizo su primera visita a la Alhambra y quedó muy desilusionado de su deterioro y suciedad, que no quedaban reflejados en los grabados que circulaban por Europa: “Se omiten como detalles innecesarios para el *cuadro* la suciedad, las malas hierbas, las telarañas y las paredes llenas de garabatos que afean la *realidad*”. Scott volvió en 1830 y hubo de reconocer el impacto positivo de las obras emprendidas: “encontré la Alhambra en mejor estado a pesar de que en ese tiempo había sufrido la intensa sacudida de un terremoto”¹²⁶.

Otro acontecimiento vino a confirmar la recuperación de la Alhambra a la par que muestra cómo los nuevos aires románticos llegan a las elites españolas. En agosto de 1832 los infantes Francisco de Paula y Luisa Carlota visitaron Granada —Richard Ford conocería al infante en Sevilla unos días después—. La asociación donde se agrupaba la aristocracia local, la Real Maestranza de Caballería, organizó festejos que culminaron con una cena y baile en la Alhambra. Para ello se terminaron de arreglar los paseos de acceso a la ciudadela, se compusieron las cañerías para que saltaran las fuentes y se encargó al pintor y escenógrafo Luis Muriel que decorara y amueblara un palacio que carecía completamente vacío y con numerosas señales de ruina. La intervención de este artista fue netamente romántica y orientalista, y hace de su trabajo un capítulo pionero del arte neoárabe. Pero su intervención estaba pensada para ser contemplada en la noche a la luz de las velas y puede que no fuera muy considerada con los delicados restos árabes,

¹²⁵ Informe firmado por Francisco Blasco. La polémica sobre el uso del edificio en AHA: 227-1-6, 227-1-8 14 y 16, 271-5 y AGP, 10760/16.

¹²⁶ Traducción del viaje de Charles Rochfort Scott en López-Burgos, 2000: 120-122.

porque Richard Ford criticará duramente su tosquedad y asegurará que la colocación de lámparas había dañado los estucos del techo y algunas yeserías habían sido blanqueadas¹²⁷. Luis Muriel colocó en los paseos antorchas cuyo diseño tenía como modelo las columnas nazaries y para disimular el "mezquino" acceso a la Casa Real montó una tienda que recordaba a las de los árabes en el desierto. El patio de los Arrayanes lo iluminó con 4.000 luces que hacían que uno se sintiera "transportado a la mansion de las Hadas, que describen las leyendas orientales". El baile se celebró en la sala de la Barca y en el salón de Comares, donde colocó "divanes turcos", cerró las ventanas con "transparentes con arabescos de colores fuertes pintados" o puso una gran alfombra con una estrella verde y blanca. Para la cena se destinó el patio de los Leones y las dependencias anexas, distribuyéndose mesas con fina mantelería y colocando juegos de luces tenues, lo que "causaba en los sentidos una impresion suave, mezclada de cierta agradable melancolía, no impropia de las blandas costumbres de los antiguos habitantes de aquella mansion encantadora". La fuente de los Leones fue decorada con un fantástico despliegue de lamparitas que la convirtió en una "pirámide brillante" de vivos y cambiantes colores. La fiesta comenzó con un baile, siguió ya en la media noche con una cena, para continuar luego el baile hasta la madrugada "con el mayor vigor y alegría" hasta las seis de la mañana, hora en la que "muchas personas contemplaron absortas el espectáculo de la salida del Sol sobre la Ciudad, y las risueñas colinas en que está asentada"¹²⁸. En suma una fiesta romántica en la cual la Alhambra no se acomodó con muebles estilo imperio, que eran los que todavía estaban de moda en los hogares aristocráticos, sino con un despliegue de fantasía que subrayaba el carácter oriental del palacio¹²⁹.

En los años siguientes a la estancia de Richard Ford las restauraciones de la Alhambra fueron haciéndose cada vez más atrevidas y tomaron el peligroso rumbo de las restauraciones ornamentales. El inglés tuvo noticias de estos trabajos e hizo valoraciones contradictorias, pues en una ocasión los califica de "peligrosos", como

¹²⁷ Ford, 1963: 17 y Ford, 1955: 73.

¹²⁸ Una larga descripción de los preparativos y desarrollo de la fiesta en Anónimo, 1832: 30-33.

¹²⁹ El diseño del mobiliario, realizado en apenas tres semanas, debía de ser bastante tosco e indudablemente estaba pensado para una fiesta nocturna que disimularía su precipitada ejecución. El historiador francés Viardot no sería menos crítico que Richard Ford cuando años después pudo ver en el salón de Comares "cuatro innobles y pesados candelabros de madera blanqueada", procedentes de aquella fiesta, que consideró "un crimen flagrante contra la religión del arte y del pasado". Viardot, 1855: 177 y 211-212.

efectivamente lo fueron, y en otra de "bien orientados"¹³⁰. Su juicio más contundente sobre la restauración lo acerca a los criterios de John Ruskin:

Los deliciosos cuentos de Washington Irving y la admiración de los peregrinos europeos han avergonzado últimamente a las autoridades, inspirándoles sentimientos más conservadores con respecto a la Alhambra, siendo este celo extemporáneo peligroso como el anterior abandono, pues como quieren «reparar y embellecer» con criterio de sacristán, se corre el mismo peligro con estas «restauraciones» que con las funestas limpiezas de los cuadros de Murillo y Ticiano, del Museo de Madrid, que estaban borrando sus más bellas líneas¹³¹.

¹³⁰ Ford, 1955: 29 y 38. Esas restauraciones las analizo en Barrios Rozúa, 2010: 320-326.

¹³¹ Ford, 1974: 300.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alberich, José, (1975), "Richard Ford o el hispanista hispanófono", *Archivo hispanense: Revista histórica, literaria y artística*, 178, 103-134.
- Alegre Ávila, Juan Manuel, (1994), *Evolución y régimen jurídico del Patrimonio Histórico*, Madrid, Ministerio de Cultura, (2 vols.).
- Álvarez Lopera, José, (1977), "La Alhambra entre la conservación y la restauración (1905-1915)", *Cuadernos de Arte*, XIV/29-31, número monográfico.
- Anónimo, (1832), *Descripción de los festejos con que el Real Cuerpo de Maestranza de Caballería de Granada ha celebrado la permanencia en ella de SS AA RR los Serenísimos Infantes de España D. Francisco de Paula y D^a Luisa Carlota, en el mes de agosto de 1832*, Granada, Imprenta D. J. M. Puchol.
- Baldó Lacomba, Marc, (1988), "Fernando VII", en Domínguez Ortiz, Antonio (dir.), *Historia de España 9. La transición del Antiguo al Nuevo régimen (1789-1874)*, Madrid, Editorial Planeta, 178-305.
- Barrios Rozúa, Juan Manuel, (2008), "La Alhambra romántica (1813-1849): gobernadores, maestros de obras y arquitectos", en González Alcantud, José Antonio (ed.), *La Alhambra: lugar de la memoria y el diálogo*, Granada, Comares, 29-60.
- Barrios Rozúa, Juan Manuel, (2010), "José Contreras, un pionero de la arquitectura neoárabe: sus trabajos en la Alhambra y la Alcaicería", en González Alcantud, José Antonio (ed.), *La invención del estilo hispano-magrebí. Presente y futuros del pasado*, Barcelona, Anthropos, 311-338.
- Barrios Rozúa, Juan Manuel, (2010 [2]), estudio preliminar a Irving, Washington, *Cuentos de la Alhambra*, Sevilla, Paréntesis.
- Callahan, William J., (1989), *Iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874*, Madrid, Nerea.
- Custine, Astolphe, (1844), *L'Espagne sous Ferdinand VII*, Bruxelles, Wouters et C^o Imprimeurs-libraires, (4 vols.).
- Díaz Lobón, Eduardo, (1982), *Granada durante la crisis del Antiguo Régimen (1814-1820)*, Granada, Diputación Provincial.
- Díaz López, Juan Antonio, (2010), «Richard Ford, artista, crítico y coleccionista de arte español», en Medina Casado, Carmelo y Ruiz Mas, José (eds.), *Las cosas de Richard Ford: estampas varias sobre la vida y obra de un hispanista inglés en la España del siglo XIX*, Jaén, Universidad de Jaén, 89-110.
- Fontana, Josep, (1992), *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833*, Barcelona, Grijalbo.

- Ford, Brinsley, (1963), *Richard Ford en Sevilla*, Madrid, Instituto Diego Velázquez.
- Ford, Richard, (1955), *Granada. Escritos con dibujos inéditos*, (prólogo de Gámir Sandoval, Alfonso), Granada, Patronato de la Alhambra y el Generalife.
- Ford, Richard, (1974), *Cosas de España*, (prólogo de Brenan, Gerald), Madrid, Turner.
- Ford, Richard, (1990), *Los españoles y la guerra: análisis histórico sobre la primera guerra carlista y acerca del invariable carácter de las guerras en España*, Madrid, Tayo.
- Ford, Richard, (2008), *Manual para viajeros por España y lectores en casa: sobre el país y sus ciudades, costumbres de sus habitantes, su religión y sus leyendas, las bellas artes, la literatura, los deportes, la gastronomía y diversas noticias sobre su historia*, Madrid, Turner, (6 vols., primera edición 1845).
- Galera Andreu, Pedro A., (1993), *La imagen romántica de la Alhambra*, Madrid, Ediciones El Viso.
- Gamiz Gordo, Antonio, (2007), «Dibujos de Richard Ford en Granada. Nuevos puntos de vista sobre su paisaje urbano (1831-1833)», en Rodríguez Barberán, Francisco Javier (coord.), *La Sevilla de Richard Ford: 1830-1833*, Sevilla, Fundación El Monte, 887-109.
- Giménez Cruz, Antonio, (1997), *¡Cosas de los ingleses! La España vivida y soñada en la correspondencia entre George Borrow y Richard Ford*, Madrid, Editorial Complutense.
- Gómez-Moreno González, Manuel, (1892), *Guía de Granada* (2 vols.), Granada, Imprenta de Indalecio Ventura, (ed. facs. con introducción de Gómez-Moreno Calera, José Manuel, Universidad de Granada, 1994).
- González de Molina, Manuel, (1984), «Urgencias hacendísticas y devolución de los Bienes Nacionales vendidos en Andalucía durante el Trienio Liberal (1834-1855)», *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 11, 99-157.
- Hitchcock, Richard, (2010), «Richard Ford en Sevilla», en Medina Casado, Carmelo y Ruiz Mas, José (eds.), *Las cosas de Richard Ford: estampas varias sobre la vida y obra de un hispanista inglés en la España del siglo XIX*, Jaén, Universidad de Jaén, 193-208.
- Howarth, David, (1999), "Mister Morrirt's 'Venus': Richard Ford, Sir William Stirling-Maxwell and the "Cosas de España"", *Apollo*, 452, 37-44.
- López-Burgos, María Antonia, (2000), *Granada. Relatos de viajeros ingleses (1802-1830)*, Melbourne, Australis Publishers.
- Medina Casado, Carmelo y Ruiz Mas, José (eds.), (2010), *Las cosas de Richard Ford: estampas varias sobre la vida y obra de un hispanista inglés en la España del siglo XIX*, Jaén, Universidad de Jaén.

- Mesa, Enrique (1982), prólogo a Ford, Richard, *Cosas de España: (El país de los imprevisto)*, Madrid, Guillermo Blázquez, (4 vols.).
- Revuelta González, Manuel, (1976), *La exclaustación (1833-1840)*, Madrid, Editorial Católica.
- Robertson, Ian, (1988), *Los curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España: desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Barcelona, Ediciones Serbal.
- Robertson, Ian, (2004), *Richard Ford, 1796-1858. Hispanophile, Connoisseur and Critic*, Norfolk, Michael Russell.
- Robertson, Ian, (2007), "Richard Ford y las *Cosas de España*", en Rodríguez Barberán, Francisco Javier (coord.), *La Sevilla de Richard Ford: 1830-1833*, Sevilla, Fundación El Monte, 27-55.
- Rodríguez Domingo, José Manuel, (1996), *La restauración monumental de la Alhambra: de Real Sitio a monumento nacional (1827-1907)*, Granada, Universidad, (edición en microforma).
- Rodríguez Ocaña, Esteban, (1983), *El cólera de 1834 en Granada. Enfermedad catastrófica y crisis social*, Granada, Universidad.
- Sanz Sampelayo, Juan, (1981), "La población de Granada a comienzos del siglo XIX (1801-1815). Las series parroquiales y su clarificación", *Baetica*, 4, 237-251.
- Szmulka Clares, José, (1974), "El pronunciamiento y la Junta de Granada de 1840. Datos para el estudio del progresismo granadino", *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 1, 187-201.
- Szmulka Clares, José, (1975-1976), "Nuevos datos sobre el progresismo granadino. Granada durante la regencia del General Espartero (1840-1843)", *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 2-3, 497-532.
- Tito Rojo, José y Sánchez Gómez, Carlos, (2007), *21 jardines del Partal*, Granada, Universidad.
- Valladar y Serrano, Francisco de Paula, (1906), *Guía de Granada. Historia, descripciones, artes, costumbres, investigaciones arqueológicas*, Granada, Paulino Ventura Traveset, (ed. facs. con introducción de Barrios Rozúa, Juan Manuel, Editorial Universidad, 2000).
- Viardot, Louis, (1855), *Les musées d'Espagne: guide et memento de l'artiste du voyageur: suivis de notices biographiques sur les principaux peintres d'Espagne*, Paris, L. Maison, (Secondé édition très-augmentée).
- Viñes Millet, Cristina, (1982), *Granada en los libros de viaje*, Granada, Miguel Sánchez editor.